

Albert Camus

y el conflicto entre libertad y justicia

Alberto López Maté
Trabajo de Fin de Grado
Tutor: Fernando Longás Uranga
Grado en Filosofía (UVa)

“La justicia y la libertad,
hermanas siamesas condenadas a vivir separadas,
volverán a juntarse.”

El derecho al delirio
E. Galeano

ÍNDICE:

INTRODUCCIÓN: Albert Camus, una filosofía muy actual desde un hombre de su tiempo...	4
1. PRIMERA ÉPOCA: El absurdo.....	10
1.1 La muerte como inicio de una filosofía del absurdo.....	10
1.1.1 <i>El extranjero</i> , un extraño a falta de sentido.....	11
1.2 El absurdo.....	13
1.2.1 El absurdo como rechazo a la muerte y defensa de la vida.....	14
1.2.2 La asunción de límites, lo más propio del hombre absurdo.....	15
1.3 El hombre absurdo.....	16
1.3.1 El rebelde como artista, máxima expresión del hombre absurdo.....	17
1.3.2 <i>Calígula</i> y el crimen de la razón.....	18
1.4 La moral como signo de honradez.....	20
2. SEGUNDA ÉPOCA: La rebelión.....	22
2.1 La rebelión como construcción metafísica de la esencia humana.....	23
2.1.1 La rebelión creativa que surge de la renuncia.....	26
2.1.2 La rebelión como acto de solidaridad.....	27
2.1.3 <i>La peste</i> , la afirmación de los valores de la solidaridad.....	28
2.1.4 La soledad de la humanidad como acto de responsabilidad.....	30
2.2 De la <i>rebelión metafísica</i> a la <i>rebelión histórica</i>	30
2.2.1 <i>Los Justos</i> , las contradicciones del rebelde.....	31
2.3 Rebelión frente a revolución.....	34
2.3.1 El rebelde frente a la ideología.....	35
CONCLUSIÓN: Repensar la vida, de manera positiva, en medio del conflicto constante....	38
BIBLIOGRAFÍA.....	42

INTRODUCCIÓN: Albert Camus, una filosofía muy actual desde un hombre de su tiempo

Pensar en Albert Camus supone pensar en una figura intelectual arropada por el contexto de su tiempo. Nacido en 1913 en Argelia y miembro de una familia de origen francés, pero muy humilde, sufrió desde bien joven las dificultades de la vida en una época y un momento histórico cargado de conflictividad a nivel social y político.

El auge de los totalitarismos y la progresiva colonización de nuevos territorios -fértils de explotación industrial- por parte de las diferentes potencias mundiales, hicieron del siglo XX una época característica, tanto por la extensión, el desarrollo y el asentamiento del propio sistema capitalista, así como por la potente manifestación de corrientes políticas antagónicas al mismo, desde el comunismo o el anarquismo, hasta otras de carácter reaccionario. El conflicto que genera toda esta agitación se representó a nivel social y, al menos para la gran mayoría de la población, de una manera violenta y desgarradora para la vida.

Lejos de la indiferencia, nuestro autor, Albert Camus, se mostró en todo momento y frente a todo tipo de adversidad, como un luchador ante aquello que causase mal a la humanidad. Sufriendo en sus carnes las miserias de la pobreza desde niño, el dolor de la enfermedad (arrastró una tuberculosis detectada a la edad de 17 años y en la que fue recayendo en distintos momentos de su vida hasta su muerte) y el terror a la guerra (desde el distanciamiento con sus seres queridos tras su exilio de Argelia, hasta la muerte y mutilación a la que se ven sometidas las personas, tanto compañeros como enemigos), supo ver más allá de sí mismo el sufrimiento al que está sujeto todo el género humano.

Si entendemos que un intelectual es aquel que destaca al oponerse con su pensamiento al espíritu de su tiempo, Camus cumplió a la perfección este papel. Fue un férreo luchador contra las condiciones que determinaron su época. No solo se opuso al orden dominante, sino que su sinceridad y compromiso le obligaron a enfrentarse del mismo modo a muchos de los críticos de tal orden.

Ensayista, periodista y literato, encontró en la escritura una forma de cuestionar, desde la crítica, el orden imperante. Sin embargo, aquello que lo hizo destacar, no fue solo su capacidad de análisis crítico, sino su forma de creación liberadora, inherente a dicha crítica, que dio riendas a una nueva manera de entendernos como hombres.

Más allá de consignas, directrices racionales o programas políticos, Camus trató de delinear un método con el que poder reconstruir un pensamiento moral. Un método que guiase una forma de

actuar y, con ello, de ser. Un modo de retomar los valores más dignos de los hombres y poner en cuestión aquellos otros valores que tratan de seducirnos y dirigirnos hacia inciertas liberaciones. La liberación es siempre, para él, desde el momento actual o no lo es.

Su apuesta fue la de trazar una nueva forma de comprender al hombre y su papel en el mundo. Una búsqueda de herramientas epistemológicas con las que dejar de avergonzarnos de nosotros mismos, de nuestra mísera y absurda existencia ante un mundo cada vez más en desapego, y volver a sentir la grandeza y la vitalidad de ser hombres. Camus entendió que la humanidad necesitaba un respiro de aire puro cargado de vitalidad, una luz emancipadora ante el nihilismo y la ausencia de valores a la que se veía sometida en su cada vez más ajena relación con el mundo que le rodea. Entendió que era necesario un método para poder alcanzar realmente la felicidad.

“Los hombres mueren y no son felices”¹

Esta cita que encontramos en su obra teatral *Calígula*, pone de relieve la preocupación fundamental de la obra de Camus. La existencia en esta tierra se hace en muchas ocasiones hostil y pesada. El sufrimiento parece inherente a la vida y la incomprensión de este sufrimiento hace al hombre cuestionarse el sentido de una existencia en un mundo así.

El sentimiento que invade al hombre al ser consciente de esta realidad en que la vida pasa carente de buenos momentos hace apremiante una cuestión que será semilla de una filosofía transgresora de gran valor: ¿merece la pena la vida ser vivida? En otras palabras: ¿tiene sentido nuestra existencia? Y de no ser así, ¿qué nos queda?

La muerte, como proceso intrínseco a la vida, está presente a lo largo de toda la obra y el pensamiento de Camus.

“¿Lo absurdo impone la muerte? Este es el problema al que hay que dar prioridad sobre los demás, al margen de todos los métodos de pensamiento y de los juegos del espíritu desinteresado”²

Sin embargo, lejos de la naturalidad con la que ésta se presenta en los hombres dichosos, la muerte que Camus pondrá en tela de juicio es la muerte deliberada en manos, no tanto de la naturaleza, sino de los propios hombres. Desde el suicidio al asesinato, la muerte pretende presentarse como una manera de dar a la vida el valor del que parece carecer.

Lejos de asumir el crimen, Camus depara en la moralidad que queda tras todo ello. Más allá de la justificación racional cabe cuestionarse cómo se ha podido llegar a este punto, qué

1 Camus, A.; *Calígula en Obras, 1*; Alianza Editorial; p. 359.

2 Camus, A.; *El mito de Sísifo en Obras, 1*; Alianza Editorial; p. 219.

consecuencias tiene todo ello en la concepción del hombre y su lugar en el mundo. Se cuestiona cómo es posible una existencia digna y feliz en un ambiente en que la moralidad se encuentra tan degradada como para llegar a legitimar la violencia y el asesinato de los hombres por ellos mismos.

Camus defiende la vida. Apuesta por ella en sí misma. El valor de su pensamiento radica en la humanidad que presenta al querer preservar su propio valor frente a todo aquello que trate de quitárselo. Nada para él justifica el crimen. El asesinato de los hombres y la violencia del mundo ejercida por estos entre sí, amparados en la legitimidad moral que pretende sostener su racionalidad, desgarran una existencia que, lejos de disfrutarse, se convierte en atroz.

No es en el sentido de la existencia donde Camus centra su pensamiento, sino en su valor. La vida que caracteriza en sus obras Camus al más puro estilo mediterráneo³ muestra la grandeza que tiene ésta por sí misma. La muerte no puede ser por lo tanto para él justificada de ningún modo. Su obra, por lo tanto gira en torno a la defensa de la vida y al análisis crítico ante todas aquellas prácticas y formas de pensamiento que de manera más directa o indirecta tratan de anularla.

La rebelión es en Camus la piedra angular sobre la que gira su respuesta ante esta existencia absurda y su rechazo a la muerte. Sin embargo, la rebelión también forma parte del absurdo y las contradicciones y la constante tensión a la que se ve sometida hacen que su profundidad sea vigorosa. Si la defensa por la libertad humana que permita conseguir una existencia digna y dichosa en esta tierra se presenta en el rebelde, pronto se advierte cómo mantener la coherencia de sus valores no resulta fácil. Los hombres, como seres sociales que son, están expuestos a la conflictividad y la tensión de sus ideas frente a un mundo que no responde a sus expectativas. Los medios empleados para la consecución de la libertad se vuelven, muchas veces, en contra de la misma libertad.

Camus decide con su filosofía mantener esta cuestión irresoluble, y moverse en la misma tensión entre los medios y los fines. El conflicto entre libertad y justicia será el campo de batalla del rebelde que encuentra su felicidad, no tanto dejando su vida en pos de la resolución del conflicto, sino disfrutando de la grandeza de su vida en medio del mismo.

3 El clima, la luminosidad y la vitalidad que desprende el Sol, los baños en la playa y en definitiva todo lo relativo a este estilo de vida en un “ambiente mediterráneo” que refleja Camus en los personajes de sus obras literarias ponen de relieve que la vida, vivida de manera armónica y sosegada en sí misma, lejos de los conflictos sociales que se puedan plantear otorga una existencia feliz, digna y relajada para los hombres. El contexto armónico del litoral del sur europeo y el norte africano al que él se refiere se debe a su experiencia vital, pero lejos de su metáfora puede ser extrapolable a toda la humanidad.

Más de un siglo ha pasado ya desde el nacimiento de Albert Camus en aquellas tierras mediterráneas. Muchos cambios políticos y sociales hemos vivido desde entonces. Sin embargo, parece que el oficio del hombre en el mundo sigue sin presentárenos con claridad y el sometimiento a todo tipo de conflictos, fruto de la desigualdad social -la gran mayoría de ellos con un trasfondo de violencia y crueldad- ponen de relieve la necesidad de encontrar una salida ante la oscuridad de nuestro extravío existencial.

Las contradicciones a las que lleva la lucha y la búsqueda de alternativas reales contra la opresión siguen representando un bloqueo a la hora de alcanzar una auténtica liberación. Parece que el camino sigue enfangado y el sudor, la sangre y las lágrimas, fruto de esa conflictividad, bañan ese lodo.

Desde los disturbios en los suburbios parisinos y londinenses en 2005 y 2011 respectivamente, pasando por la revuelta griega originada en 2008 tras el asesinato de un joven a manos de la policía en el barrio ateniense de Exarchia, así como todo el movimiento de indignados que surgió, a partir de mayo de 2011 en el Estado Español y que se extendió por gran parte del mundo, tanto como el actual conflicto en la zona de oriente medio (desde Palestina a Siria) y en definitiva como cada revuelta y levantamiento contra el poder y cualquier forma de opresión que se va dando de manera polimórfica en cualquier parte del mundo⁴, evidencian la necesidad de rebelión humana ante los distintos contextos de crisis económica, ecológica, política y social que vivimos en nuestros tiempos. Todo ello se muestra también como una crisis de valores morales.

El denominador común a todos estos conatos de revuelta siempre es la violencia. El discurso sobre cómo enfrentar las distintas formas de poder acaba por plantearse en términos que atentan, de manera más o menos radical, contra la vida misma. Cuando la injusticia supera ciertos límites y la vida se aleja de la dignidad con la que merece ser vivida, algunos rebeldes se alzan en contra de su opresión. Este alzamiento y la fuerza puramente pasional que lo mueve puede llegar a radicalizar la violencia ejercida e incluso a legitimarla de manera racional. Pero, ¿qué límites encontramos a la hora de poner freno a estas consecuencias de la rebeldía? ¿Hasta dónde puede llegar la pasión del rebelde? ¿Qué papel toma la razón en todo ello?

Es aquí donde el pensamiento de Albert Camus renace con gran vivacidad para ayudarnos a encontrar una salida ante el callejón en que nos dejan estas cuestiones. La moral puesta entre la espada y la pared, en medio del conflicto entre el rechazo a la injusticia del mundo y la aspiración a

4 Parece casi imposible asumir la tarea de nombrar todos y cada uno de los conflictos abiertos a lo largo del mundo hoy día. Los citados representan una corta minoría. Sin embargo resultan reseñables tanto por su cercanía espacial, como por su impacto, su trasfondo y, sobre todo, por su relativa actualidad.

la liberación humana. La felicidad solo es planteada en relación con la armonía interna de la vida misma. Sin embargo, es imprescindible para Camus encontrar esta armonía en medio del conflicto y la tensión que generan medios y fines.

Como el funambulista que disfruta manteniendo su equilibrio en la cuerda floja, pero que es consciente que con la mínima pérdida de concentración caerá al vacío, Camus defiende el rebelde que se cuestiona constantemente a sí mismo, su rebelión y las herramientas de la misma. Lo que él plantea no es una resolución al conflicto como tal, ni mucho menos, sino una manera de abordarlo. No es llegar al otro lado de la cuerda lo que busca el equilibrista, sino disfrutar de cada paso en medio de la tensión. No es la liberación absoluta ni la justicia ideal lo que busca el rebelde, sino la felicidad de disfrutar de la vida, de mantenerse siempre cuestionando el orden de la misma. La violencia para él nunca será legitimada. Pero eso no implica rechazar la rebeldía. Todo lo contrario: es en la rebelión constante, también en contra de la violencia y todo aquello que atente contra la vida humana donde se encuentra la dignidad del auténtico rebelde.

A lo largo de este trabajo trataremos de entender y profundizar en este valor del pensamiento de Albert Camus, su búsqueda de unas herramientas que den claridad a la mente humana dentro del conflicto que supone la conquista de una coherencia en ese espectro personal, social y político de una humanidad que muestra día a día su choque consigo misma y su distancia con el mundo en el que se desenvuelve.

La felicidad, como ya apuntamos anteriormente, será el pilar fundamental sobre el que gira el pensamiento de nuestro autor argelino. Esta felicidad solo será planteada en aspiración a la consecución de la libertad. Sin embargo, existe en la filosofía de Camus un valor puramente humano que pone límites a dichas aspiraciones. No todo vale en esta búsqueda. Los medios no justifican el fin, no a cualquier precio. No es posible plantear una liberación sobre los mismos pilares de opresión e injusticia que dieron origen a esa rebelión emancipadora.

Camus advierte que la libertad no legitima por sí misma la injusticia y que el ejercicio de justicia no puede sobreponerse a la libertad de los hombres. En medio de este conflicto entre libertad y justicia y sus inherentes contradicciones es donde él entiende que hay que buscar la felicidad: en una constante rebelión del hombre ante sí mismo y el mundo que lo rodea.

Aquí es donde pondremos el foco para tratar de encontrar lo original del pensamiento de Albert Camus y las consecuencias que de él se derivaron -y aún se derivan- tanto para su persona

como para el desarrollo del pensamiento contrario al orden dominante del mundo.

Es imprescindible tener en cuenta que Camus trata de delinear un método. El desarrollo de su pensamiento quizá no resuelva tajantemente las dudas existenciales a las que se somete la humanidad. Más bien todo lo contrario. Simplemente trata de poner de relieve esas dudas -quizá irresolubles- para así encontrar una posición digna en esta tierra. No es en la grandeza de las respuestas donde encontramos la importancia de su pensamiento, sino en la de la formulación de sus -y nuestras- inquietudes.

¿Por qué un distanciamiento con la corriente intelectual dominante del momento? ¿Por qué una apuesta un tanto más libertaria antes que puramente marxista? ¿Por qué una apuesta por la rebelión y no tanto por la revolución? En definitiva, ¿por qué un solidario y afectivo humanismo intenso frente a la violenta soledad que aparenta imponer el mundo? Ahí, Albert Camus.

1 - PRIMERA ÉPOCA: El absurdo

Para adentrarnos en su filosofía, hemos considerado oportuno dividir su obra en dos etapas que, en cierto sentido, nos clarifiquen de una manera lineal, a nivel histórico, el proceso de madurez de su pensamiento.

Desde finales de los años treinta del siglo pasado, Camus comienza a conquistar un estilo literario, filosófico y también político, que le irá colocando a la altura de la élite intelectual francesa del momento. Quizá podemos considerar que *El extranjero*, escrito en 1940 y publicado en 1942 con una gran aceptación por parte de la crítica, sobre todo de izquierdas, le coloca en un pequeño pedestal, el cual irá creciendo a partir de este momento. Esta obra, junto con el drama teatral *Calígula*, llevado a escena de manera exitosa por Gerard Philipe en 1945, y su ensayo *El mito de Sísifo*, publicado en 1942 -obra que nos será más oportuna para nuestro trabajo por su carácter más puramente filosófico- nos servirán para tratar de acercarnos a los pilares que constituyen su pensamiento, su forma de entender la vida y los valores propios de la misma, a los que se mantendrá fiel a lo largo de toda su trayectoria intelectual hasta su fatídica muerte en 1960.

El absurdo será el tema por excelencia en esta etapa. Este concepto, muy explotado en estas tres obras, hicieron que la crítica le colocase en el cerco de la filosofía existencial, abanderada sobre todo por la figura de Sartre, amigo suyo durante estos años. Camus rechaza este encasillamiento casi desde el principio. Sin embargo, serán las consecuencias de su filosofía y su concepto de rebeldía lo que dé comienzo al desarrollo de lo que hemos considerado su *segunda época*, en la que la ruptura con esta corriente filosófica -reflejada asimismo con el fin de su amistad con Sartre- se hará bien latente.

1.1 - La muerte como inicio de una filosofía del absurdo

“Hoy mamá ha muerto. O tal vez ayer, no sé.”⁵

Estas son las primeras palabras que encontramos en su primera gran obra literaria, *El extranjero*. La muerte toma desde el comienzo en su pensamiento un valor fundamental. Su preocupación por la vida y lo relativo a ella será el hilo conductor de toda su obra. La muerte, como contraposición a la vida, es asumida por Camus como un elemento fundamental para construir su pensamiento, pues supone el primer gran atentado contra la existencia humana y su valor en la tierra.

⁵ Camus, A.; *El extranjero* en *Obras, 1*; Alianza Editorial; p. 111.

Sobre estos pilares, busca enfrentar la propia realidad y poner en cuestión la condición de los hombres. La contradicción y la incongruencia de situar la vida y la muerte en el mismo nivel para así cuestionar el valor y el sentido de ambas, pone de relieve lo absurdo que acontece en el ámbito de lo real. El absurdo es, por lo tanto, la piedra angular sobre la que se desarrolla su pensamiento, sobre todo en esta primera época -como ya afirmábamos anteriormente- para así comprender la vida y la existencia humana.

1.1.1 - *El extranjero*, un extraño a falta de sentido

Mersault, el protagonista de *El extranjero*, se ve envuelto en un entramado judicial tras asesinar a un argelino. Lo reseñable de este personaje viene representado por su impasibilidad ante los problemas propios de la vida humana: vive su propia existencia en un absoluto devenir, ajeno a todo proceso temporal. Rechaza un ascenso en su puesto de trabajo y la posibilidad de irse a París.

“Me preguntó entonces si no me interesaba un cambio de vida. Contesté que no se cambia nunca de vida, que en cualquier caso todas valían lo mismo y que la mía aquí estaba lejos de disgustarme. [...] no veía razón alguna para cambiar de vida. Pensándolo bien, no me sentía desgraciado”⁶

Esta cita representa el gran trasfondo de la personalidad absurda a la que se refiere Camus. No es infeliz. Sin embargo, tampoco es feliz. Simplemente, es. Se vuelve impasible ante el devenir del mundo. Acepta el absurdo, las contradicciones, la felicidad y el sufrimiento de su existencia. Él no se siente golpeado ni por la miseria ni por el dolor. Tras la muerte de su madre no tuvo una sola muestra de afecto. Tampoco es que se alegrase. Simplemente la aceptó.

Tras una circunstancia poco premeditada -parece que Camus nos trata de transmitir que para Mersault simplemente “pasó”, y ya está- acaba asesinando a un árabe en la playa.

“El fuego del sol ardía en mis mejillas y sentía las gotas de sudor acumularse sobre mis cejas. Era el mismo sol del día en que enterré a mamá y, como entonces me dolía sobre todo la frente y todas sus venas batían a un tiempo bajo la piel. [...] Me pareció que el cielo se abría en toda su extensión para vomitar fuego. Todo mi ser se tensó y mi mano se crispó sobre el revolver. El gatillo cedió, toqué el pulido vientre de la culata y fue así, con un ruido ensordecedor y seco como empezó todo.”⁷

Sin embargo no empezó todo ahí, ni de lejos. Ya había empezado mucho antes. A Mersault no se le juzgará por ser un asesino, sino por vivir en el absurdo ajeno a todo sentido. Se le juzga por “tener un corazón criminal”⁸. Su crimen reside en el no-aprecio -que tampoco desprecio- por la

6 Camus, A.; *El extranjero* en *Obras*, 1; Alianza Editorial; p. 145.

7 *Ibíd.*; p. 158.

8 *Ibíd.*; p. 185.

vida. Desdramatiza la muerte, pues comprende el sinsentido de la existencia humana, el absurdo del mundo. Ese es su crimen. Esa actitud respecto a la vida y la muerte es lo que juzga el tribunal, quien se crispa con la forma de entender el mundo de nuestro protagonista.

“[...] si alguna vez las pusiera (las convicciones teológicas del juez) en duda, su vida ya no tendría sentido. “¿Quiere usted, exclamó, que mi vida carezca de sentido?” A mi juicio, ese asunto no me concernía, y se lo dije”⁹

El crimen de Mersault es ser un hombre ajeno a la sociedad, un extraño, un extranjero a los ojos del mundo y de sí mismo. Un hombre que viva el completo devenir de la vida sin preocuparse por el sentido o el contenido de la misma. Un hombre que vive y trata de gozar del absurdo de su propia existencia. Robert Zaretsky afirma:

“Mersault no será juzgado por lo que ha hecho, sino por lo que es”¹⁰

Y lo que es, es un hombre que trata de vivir en ese absurdo, ese mundo carente de sentido. Entiende que la vida gana fuerza sin un orden ontológico o moral. Por eso se vuelve impasible, tanto ante el juez como ante el párroco, al que aborrece en las últimas horas antes de su muerte. Mersault vive su vida, el momento, y ya está.

Sin embargo, algo destacable que encontramos en esta primera obra es el papel de la muerte. Mersault es impasible ante ella. El valor de la vida para él se reduce a las “alegrías simples y tenaces”¹¹. Lo que envuelve a nuestro protagonista en un entramado jurídico que acabará con su propia condena a muerte no es, para Camus, su desprecio a la muerte, sino su poca valoración por la vida misma. Tras el asesinato del árabe, Mersault se dice a sí mismo:

“Comprendí que había destruido el equilibrio del día, el silencio excepcional de una playa donde había sido feliz”¹²

Mersault repudia la moral, por eso mata y se siente impasible ante su asesinato. Eso desencadena una situación completamente absurda en la que ni él, ni el resto de la sociedad, sabrán desenvolverse de forma sana. Al final, el absurdo hace que la muerte y el sufrimiento, factores normales en el orden del mundo, acaben imperando de mano de los hombres incapaces de comprender ese orden, su absurdidad y el sinsentido que gobierna.

9 *Ibíd.*; p. 165.

10 Zaretsky, R.; *Albert Camus, elementos de una vida*; Biblioteca Buridan; p. 68.

11 Camus, A. *El extranjero*, en *Obras, 1*; Alianza Editorial; p. 192.

12 *Ibíd.*; p. 158.

1.2 - El absurdo

El absurdo para Camus es tomado como punto de partida. No se cuestiona. Sin embargo, ¿a qué se refiere Camus con el absurdo? ¿Es el mundo un absurdo que impone esta realidad al hombre? En absoluto. El absurdo se plantea no en el mundo como tal. Tampoco en el hombre, sino en la relación que se da entre ambos. El absurdo surge de esta necesidad de claridad y comprensión del hombre, el cual lanza una serie de preguntas que tratan de dar luz a la oscuridad mundana por la que se ve sometido. Sin embargo, nadie contesta a estas preguntas. El mundo calla. Dios también. Ahí encontramos el absurdo, en este silencio que banaliza el diálogo hombre-mundo.

Ante ello, lejos de la victimización, Camus asume la responsabilidad humana que se da en esta relación. Si el mundo calla, igual es porque nunca ha hablado. Igual es el hombre el que aspira a antropomorfizar el lenguaje del mundo, a hacerlo suyo y tratar de buscar así la comprensión. Son las ansias de respuesta, propias de los hombres, las que generan unas expectativas respecto a lo que debiera ser su existencia y, con ello, su papel en el mundo. La apuesta camusiana consiste en poner el punto de mira sobre esas expectativas.

En busca de un sentido, algo que ordene el vacío epistemológico y las ansias de claridad, comprensión y unificación propias de los hombres, estos se encuentran ante la soledad de sus preguntas. Mediante su herramienta más propia, la racionalidad lógica, se trata de buscar un sentido, un orden del mundo que apacigüe el vacío interno que sienten los hombres. Sin embargo el mundo no razona, no responde a estas aspiraciones. Al menos no de esta manera.

“Todo lo que se puede decir es que este mundo, en sí mismo, no es razonable”¹³

El absurdo surge ahí, cuando el hombre, tratando de comprender, lo único que atestigua es la propia incompreensión. El mundo no se puede reducir al lenguaje humano, no responde a sus llamadas de este modo. No es una fábrica de deseos. No satisface las aspiraciones ilimitadas de los hombres. Al menos, no de aquellos cuyas aspiraciones son abarcar el todo.

El hombre se topa con límites. No puede comprender la inmensidad del mundo. Aquellos que Camus llama los *muros absurdos* representan este choque por las ansias ilimitadas de querer reducir al lenguaje humano de la lógica racional un mundo que no es racional. Tampoco es que sea irracional, simplemente no se mueve en estos patrones de la lógica, su herramienta de comprensión.

“Para un hombre, comprender el mundo es reducirlo a lo humano, marcarlo con su sello”¹⁴

13 Camus, A.; *El mito de Sísifo* en *Obras, 1*; Alianza Editorial; p. 203.

14 *Ibíd.*; p. 227.

Sin embargo el mundo no se deja reducir.

Tras esta búsqueda frustrada ante un sentido inexistente, el hombre se queda solo con sus preguntas. Entonces, ¿qué nos queda si no hay un sentido, si no hay una respuesta a las cuestiones existenciales? ¿Qué nos queda si el sufrimiento intrínseco a la vida es incapaz de justificarse? ¿A qué se reduce, pues, la vida? ¿Realmente merece la pena vivirla? La respuesta de Camus es clara: sí. Quedamos nosotros y nuestras preguntas, y esa realidad, así como su propio valor, son para él innegables.

1.2.1 - El absurdo como rechazo a la muerte y defensa de la vida

“Todas las pasiones que hacen vivir al hombre tienen que salir de la muerte, es decir, de la conciencia humana sobre la certeza de la muerte.”¹⁵

La muerte, toma valor como alternativa ante este vacío existencial. La cuestión del suicidio pone en evidencia la frustración humana por esta incompreensión. Si la vida carece de sentido igual es mejor acabar con ella. El suicidio se presenta como una última forma de dar valor, de reivindicar la vida en contraste ante la imposición del sufrimiento injustificado, ante esta incompreensión existencial. Esta incongruencia representa la absurdidad a la que se someten los hombres absurdos: la reivindicación del suicidio como la última forma de ser felices, tan solo en el mismo acto liberador de la vida, si ésta es entendida como condena.

Sin embargo Camus es defensor de la vida. No entiende que la muerte realmente libere, puesto que por digno que sea el suicido frente a la absurdidad del mundo, la muerte no implica abordar tal absurdo, sino esquivarlo. Camus rechaza entender la vida como una condena. Entiende que la vida tiene un valor por sí misma. Un alto valor. Si bien el absurdo está implantado en el mundo debido a su silencio, ello no hace que el hombre no pueda gozar de su existencia. La vida tiene gran cantidad de cosas bonitas que aprovechar y que solo hay que saber valorar para disfrutar de ellas. Con su literatura y su filosofía busca dar claridad a la vida misma.

Camus no busca rechazar el absurdo, negarlo o darle la espalda. Camus busca abordarlo. El absurdo es el único lazo que une al hombre con el mundo. El silencio ante las preguntas lanzadas es lo único que les queda a los hombres. ¿Por qué no aferrarse a ese silencio y tratar de entonar un canto o elevar un grito que lo rompa, poniendo de relieve las preguntas, más que frustrarse por la ausencia de respuestas?

15 Vázquez, J. A.; *La muerte en Albert Camus*; Bajo palabra, N°II, 2007; p. 199.

1.2.2 - La asunción de límites, lo más propio del hombre absurdo

Llevando la lógica hasta sus últimas consecuencias, superando sus propios límites, las distintas tradiciones nihilistas han acabado haciendo de la contradicción el argumento con el cual negar todas las conquistas que se habían llevado a cabo. Si la lógica, herramienta con la cual conocer el mundo, acaba por negarse a sí misma, parece que entonces el mundo también puede llegar a ser negado.

Ahora, la labor comprensiva propia del hombre no resulta fácil sin tener antes una claridad respecto al lugar que nos pertenece en el mundo. La negatividad que lleva a los hombres a acatar la muerte se debe, según él, a sus aspiraciones ilimitadas, a querer superar esos *muros absurdos* que se le imponen, en vez de aprender a convivir con ellos. En vez de entender los muros como una cárcel, y la vida, por lo tanto, como una condena dentro de esos muros, Camus hace de esos muros un campo de recreo donde disfrutar de todo aquello que sí queda dentro de ellos.

Consciente de estas contradicciones, entiende que la lógica tiene ciertos límites que no se pueden superar, pues supondría un abuso por parte de las aspiraciones humanas frente al mundo que le rodea. Tampoco se puede negar la realidad y la claridad que ha conseguido conquistar el pensamiento racional. Camus no niega ni al mundo, ni a la vida humana en él. Todo lo contrario. Asume el papel limitado del hombre para así poder disfrutar de manera real de su existencia.

Lo que su filosofía reivindica es la fuerza y la vivacidad del hombre auténtico, del hombre absurdo, aquel que consciente de sus limitaciones, de su papel en esta tierra, es capaz de comprender y disfrutar de su existencia, a pesar de los sufrimientos a los que se ve sometido. A pesar de la fugacidad de la vida, de no poder atrapar los instantes ni abarcar el orden del mundo, el hombre absurdo es aquel que encuentra su paz interna en medio de este devenir. Aquel que encuentra el orden al no cuestionar el caos mundano, sino haciéndolo parte de él. En palabras de Marla Zarate, el hombre absurdo es “aquel que ya no cree en términos absolutos, que ya no espera, que quizá siente nostalgia pero elige vivir en la sabiduría de sus límites, en el tiempo con minúsculas de su condición precedera”¹⁶.

El tiempo es otro valor característico a la hora de comprender esta absurdidad humana. Lejos de abarcar cada instante, de pretender hacerlo eterno, el hombre absurdo es el que entiende la fugacidad de la vida, el devenir del mundo y se sumerge en él.¹⁷

¹⁶ Zarate, M.; *Camus*; Ediciones del Orto; p.23.

¹⁷ La cuestión del tiempo y la comprensión absurda de su fugacidad la trataremos extensamente más adelante.

1.3 - El hombre absurdo

Camus caracteriza a este hombre absurdo mediante tres personajes: el don Juan, el comediante y el conquistador. Si hay algo que los une es que saben apreciar lo efímero de su existencia. Ninguno de los tres aspira a alcanzar el reino de los fines sino que se mueven por la mera pasión, por el impulso más puramente vital que los conmueve. Don Juan aprovechando cada relación amorosa en sí misma, disfrutándola de la manera más intensa posible, consciente de lo perecedera de la misma. No busca el amor absoluto, total o definitivo, sino que vive en constante intensidad el romance con cada mujer a la que se va encontrando. El conquistador, por su parte, hace lo mismo respecto a cada batalla. No busca ganar, no aspira a la riqueza sino que se regocija en el mero arte del belicismo, de la conquista por sí misma. Su rumbo solo es seguir peleando. Más allá de cada victoria o derrota, el rumbo de su ser lo determina el combate. El comediante, el actor, es aquel que se aleja de su propia personalidad, de su esencia, y se constituye como representante de un montón de vidas, cada una de las que interpreta, todas distintas y también efímeras. Todas acaban con cada representación, pero, sin embargo, le constituyen como hombre absurdo dentro de todo este flujo escénico.

Lo que une a todos ellos, a estos tres ejemplos de hombre absurdo, es que son capaces de disfrutar de la vida en su devenir mismo. Rechazan el destino y se dejan inmiscuir en la evolución del mundo sin querer atrapar cada instante, simplemente disfrutan de ellos, de lo efímero de los mismos.

Esta forma de vida absurda que Camus defiende es lo que denomina una vida basada en la *moral de la cantidad*. El énfasis vital por maximizar las experiencias vividas es lo que da valor a la misma, y no tanto la calidad de las mismas. Quien se mueve por la denominada *moral de la calidad* -en contraste a la de la cantidad- aspira a potenciar lo máximo de cada una de ellas, de hacer de ellas algo ideal y por lo que pelear siempre a la cola, detrás de ello, desde un papel de completa inferioridad. Esta *moral de la calidad* representa la búsqueda en cada experiencia de un absoluto inalcanzable y con ello insatisfactorio, pues el hombre siempre se sentirá pequeño respecto a ese ideal utópico. Sin embargo, los hombres absurdos y su *moral de la cantidad* tratan de experimentar el mayor número de experiencias posibles sin cuestionarse tanto por la intensidad de las mismas, sino por ver, en el conjunto, la grandeza de una vida digna y dichosa.

Así demuestra Camus una defensa por una actitud valerosa de la vida frente a la muerte. Si lo que da valor a la vida es tener el mayor número de momentos vividos y disfrutar de todas y cada una de las experiencias sin pretender abarcar el devenir de las mismas, la creación toma un valor

completamente importante para el hombre absurdo. La constante creación es lo que se busca. Apropiarse de la vida haciendo de cada experiencia una obra de arte y poder enorgullecerse saturando una galería con momentos fugaces. La incompreensión del mundo no puede anular la grandeza de la vida humana y las ansias de vida y de creación de la misma.

Para Camus, el más absurdo de los personajes es el creador, el artista, aquel que, lejos de alejarse del mundo, lo imita. No elude el absurdo, sino que lo perpetúa con cada creación. Para él, “crear es vivir dos veces”¹⁸, es potenciar las experiencias vitales viviendo una vez en el mundo mismo y otro en el de la recreación de ese mundo en la obra de arte.

“Para el hombre absurdo no se trata ya de explicar y de resolver, sino de sentir y describir”¹⁹

Sin embargo, en este mundo no toda creación es aceptada. Las limitaciones impuestas por los *muros absurdos* se muestran muchas veces como represoras de la capacidad artística de los hombres.

“Si el mundo fuese claro, no existiría el arte”²⁰

1.3.1 - El rebelde como artista, máxima expresión de hombre absurdo

El hombre absurdo se constituye, por lo tanto, como rebelde enfrentándose al orden normal del mundo, a la incompreensión ante el mismo, al silencio que impone. El rebelde se enfrenta ante sus *muros absurdos*, no negándolos, como ya dijimos, sino haciéndolos suyos. No niega el sinsentido de su existencia, sino que comprende que es mucho más creativa, autónoma e intensa una existencia sin sentido. El hombre absurdo se vuelve rebelde como artista capaz de constituirse frente a la situación que se le impone.

“Camus habla de rebelión como algo que aumenta su fuerza con el tiempo y que se convierte en un nihilismo cada vez más desesperado, derrocando a Dios y sustituyendo al hombre, ejerciendo el poder de manera cada vez más brutal”²¹

Mientras el nihilista, conocedor de su situación absurda y de la fugacidad de la vida, abrumado en su afán de totalidad y aspiración por el absoluto busca encontrar la respuesta última y definitiva que otorgue sentido a su existencia, y choca con la incompreensión que genera su absurda relación con el mundo y el silencio a sus preguntas, Camus apuesta por este rebelde que, asumiendo su condición en esta tierra, su soledad frente a la ausencia de dichas respuestas, encuentra en su

18 Camus, A.; *El mito de Sísifo*, en *Obras, 1*; Alianza Editorial; p. 300.

19 *Ibíd.*

20 *Ibíd.*; p. 303.

21 Aronson, R; Camus y Sartre; PUV Universitat de València; p. 168.

propia capacidad creadora la emancipación y la liberación de su ser. Como afirma Charles Moeller, la obra de Camus “da testimonio de cierta sensibilidad contemporánea ante el aparente silencio de Dios”²². Nosotros añadimos: no solo de Dios, sino también del mundo; de su soledad en general. Esta soledad que, lejos de presentarse negativa y pesada, se hace apasionada en Camus. La libertad se encuentra en el mismo acto de rebeldía, en el mismo grito de reivindicación de uno mismo frente a ese silencio.

La reivindicación de la propia muerte como liberación y el suicidio, bien sea de forma física -muy representado por gran parte del romanticismo²³- o intelectual -reflejada en las obras de pensamiento nihilista como el de Nietzsche, Heidegger, Kierkegaard, Chestov, Jaspers, Tolstoi²⁴ o, su preferido, Dostoievski²⁵- supone para Camus la evasión ante la incapacidad de sentir la libertad en una existencia tan poco dichosa. Frente a ello surge una nueva manera de aferrarse a la tan ansiada felicidad del hombre libre. El interés por el absoluto, la aspiración a la totalidad ponen de relieve unas consecuencias fatídicas en las que la lógica, la razón, llevada a sus extremos, culmina con el crimen.

1.3.2 - *Calígula* y el crimen de la razón

Calígula representa esta cuestión en su más alta expresión. Un nuevo personaje absurdo, consciente de su condición en el mundo, trata de conciliar el silencio de éste con la aspiración a la felicidad. La cuestión de las limitaciones de la razón es la gran moraleja que sacamos de esta obra. El absurdo se encuentra en esta contradicción de la razón consigo misma, en la consciencia de los límites del mundo respecto a las aspiraciones máximas de los hombres concededores del sinsentido del mundo.

Calígula, como personaje, representa este hombre absurdo, concededor de su efímero papel frente a la fugacidad de la realidad mundana. Mucho más lúcido que sus conciudadanos, ha sido capaz de notar la tensión que sostiene el orden del mundo. Ebrio de libertad por estas ansias que genera la consciencia del absurdo decide, sin embargo, pretender llevar la lógica de su razón hasta sus últimas consecuencias.

“Este mundo no tiene importancia, y quien así lo entienda conquista su libertad”²⁶

22 Charles Moeller; Literatura del SXX y cristianismo; Vol. I; El Silencio de Dios; p.37.

23 Un gran ejemplo de ello lo podemos encontrar en el Werther, de Goethe.

24 Con *La muerte de Ivan Ilich* como referente de esto mismo.

25 El nihilismo propio de *Los Poseídos*, obra que Camus analiza exhaustivamente en *El hombre rebelde* y que él mismo adaptó al teatro nos sirven en este autor como ejemplo.

26 Camus, A.; *Calígula* en *Obras, 1*; Alianza Editorial; p. 368.

Consciente de que las aspiraciones del hombre pueden llegar más lejos que el orden implantado del mundo, decide aspirar a lo absoluto -en su caso simbolizado por la posesión de la luna-.

“[...] volviendo a la luna, fue una hermosa noche de agosto. [...] Al principio ella estaba ensangrentada, sobre el horizonte. Luego empezó a subir, cada vez más ligera, con rapidez creciente. Cuanto más subía más clara iba haciéndose. Llegó a ser un lago de agua lechosa en medio de aquella noche cuajada de estrellas. Llegó entonces con el calor, dulce, ligera y desnuda. Cruzó el umbral del aposento y con segura lentitud llegó hasta mi cama. Decididamente, este barniz no vale nada. Pero ya ves, Helicón, puedo decir sin jactancia que la he poseído.”²⁷

Calígula representa el poder del hombre libre frente a un mundo de esclavos. Sin embargo, invadido por este poder que le otorga la consciencia de su libertad se vuelve tirano al olvidar su propia condición humana, aquella que le sigue atando la tierra y al mundo de los mortales. La luna no es accesible a los hombres, estos también tiene sus limitaciones y sobrepasarlas supone asesinar aquello que los constituye como tal.

Calígula pone en evidencia de nuevo el crimen como extensión última de la lógica absurda: o acaba por arruinar la vida digna en el imperio, o se impone su asesinato. El suicidio de la humanidad se presenta obligatorio si se superan los propios límites. La muerte vuelve a reinar. Es una muestra de lo ridículo y absurdo que puede resultar la maximización del poder.

Sus obras teatrales nos colocan en situaciones concretas en las que la moralidad del absurdo se materializa. *Calígula* revela cómo la razón humana es capaz de destruir a los hombres en su afán de liberación. “Infel al hombre por fidelidad a sí mismo”²⁸, se vuelve completamente amoral en su aspiración por lo absoluto, por lo ilimitado. Nada lo frena ya, pues nada queda que no pueda ser superado también por estas aspiraciones. Calígula es el héroe nihilista ajeno a toda moralidad. Si su acierto reside en rebelarse a su destino, su crimen se sustenta en negar aquello que le une a sus congéneres. Queriéndose equiparar a los dioses aspirando a lo infinito, olvida su condición y se vuelve asesino de su propia existencia. El crimen pone de relieve la destrucción de la vida que conlleva esta forma de nihilismo. Lo que Calígula es incapaz de apreciar nos lo revela Camus en boca de Cesonia:

“[...] la verdad de este mundo, [...] consiste en no tenerla”²⁹

Camus, como ya afirmamos, es defensor de la vida. Con todo ello su postura queda muy lejos, tanto de negar la propia razón como de asumir el crimen. Ninguno de sus extremos resulta

²⁷ *Ibíd.*; p.413.

²⁸ Camus, A.; *Sobre Calígula en Escritos libertarios*; Edición de Lou Marin; p. 91.

²⁹ Camus, A.; *Calígula en Obras, 1*; Alianza Editorial; p. 405.

propio de una actitud humana. En definitiva, la actitud que defiende Camus trata de salvaguardar la existencia digna en esta tierra. Pero, ¿en qué momento se supera o bien la dignidad o bien la existencia? Parece que el absurdo implanta un conflicto entre estos dos ámbitos: morir reivindicando la injusticia que representa la ausencia de libertad o matar por conseguir dicha libertad. ¿Cómo superar esta encrucijada y, así, la libertad pueda desarrollarse de manera vital, digna y dichosa?

1.4 - La moral como signo de honradez

La moral toma en Camus un valor fundamental a la hora de salir de esta encrucijada. Es necesario para él volver a retomar los valores propios que hacen dignos a los hombres; es necesario entender la grandeza de la vida humana en su conjunto y defenderla como tal. Lejos de la superación y su consecuente negación de la razón y la vida humana, la mayor simpatía de Camus en esta obra la encontramos en Quereas, el poeta, el artista, el creador -nada casual-... en definitiva el otro gran hombre absurdo. Él, frente a Calígula, afirma:

“[...] tengo ganas de vivir y ser feliz. Creo que no es posible ni lo uno ni lo otro llevando el absurdo hasta sus últimas consecuencias”³⁰

La “honradez” que Charles Moeller atribuye al pensamiento de Camus³¹ reside en esta asimilación de las limitaciones humanas de manera positiva. Para Camus no hay más realidad que la que queda entre el contacto directo del hombre con el mundo que lo rodea. Esta relación supone una certeza de la razón a la que las aspiraciones absolutas, propias del nihilismo, con su consecuente frustración, pretenden negar.

“El nihilismo, llegado a su extremo se devora a sí mismo y se ahoga en sus contradicciones”³²

Camus asume estas contradicciones con una actitud consecuente a las limitaciones humanas. Dios calla, de acuerdo, pero por ello el hombre no se eleva a su nivel, sino que sigue teniendo su papel en la tierra. Eso es lo que lo engrandece. Pudiendo aspirar a la luna Camus defiende a los hombres que mantienen sus pies en la tierra, a pesar de su pesadez.

El ateísmo de Camus es radical. Su fuerza no reside en rechazar a Dios, sino en ausentarlo directamente.

“Su incredulidad es un punto de partida, una negativa previa”. [...] su racionalismo, su negativa a creer en Dios [encuentra su origen en] que la fe implicaría una desvalorización de la vida”³³

30 *Ibid.*; p. 419.

31 Cfr. Moeller, Ch.; *Albert Camus o la honradez desesperada en Literatura del SXX y cristianismo, Vol. I, El Silencio de Dios*; p. 35-139.

32 Camus, A.; *Conversaciones sobre la rebeldía*, en *Cartas sobre la rebelión, Obras*, 3; Alianza Editorial; p. 389.

33 Charles Moeller; *Literatura del SXX y cristianismo; Vol. I; El Silencio de Dios*; p. 102.

No es que rechace su labor o que trate de hacerles responsable del sufrimiento del mundo como muchos otros antes lo han pretendido, sino que entiende que no hay Dios y ya. Su silencio no da muestra de su malicia, sino de su ausencia.

Como hombres, la mayor capacidad que tenemos de rebelión ante la jerarquía divina no consiste en elevarnos a su altura, sino romper con nuestro papel sumiso. Un Dios sin súbditos no vale nada. Eso es lo que busca Camus. La ausencia de Dios en Camus no reside tanto en su negativa, rechazo o repulsa, sino en el acto emancipador de asumir la autonomía y la responsabilidad humana como valor de su propia vida, más allá que buscarlo en la comparación con un ser superior.

2 - SEGUNDA ÉPOCA: La Rebelión

Hacia el año 1945 Camus ya se había convertido en una de las figuras más influyentes de la izquierda francesa. Tanto por su filosofía como por su presencia en el ámbito periodístico, donde dirigió y publicó en señalados jornales y boletines de la Resistencia -como *Combat*-, le acabaron otorgando un papel importante en la escena intelectual de la militancia antifascista y anticapitalista de la época. Sin embargo, su línea de pensamiento se desmarcó de la tradición comunista en la que la mayoría de esta intelectualidad se sumergía, sobre todo los existencialistas con quienes se le consideraba afín. Su compromiso humanista con la verdad, la libertad, la justicia, la defensa de la vida y su consecuente crítica a la violencia le dieron una distancia frente a esa ideología dominante del lado de la Resistencia.

En 1947 publica *La peste*, que tiene una gran acogida y donde comienza a subrayar su ruptura de manera más directa con el existencialismo. Dos años después, en 1949, estrena su obra teatral *Los Justos* en París, donde su crítica a las ideologías y las contradicciones propias de los dogmatismos políticos se ponen completamente de relieve. Sin embargo, será en 1951, con la publicación de lo que podemos considerar su obra cumbre, *El hombre rebelde*, cuando el conflicto y la ruptura con la violencia política propia del comunismo, pero también de cualquier ideología absolutista y totalitaria, le hacen tomar un papel autónomo y discordante frente a las corrientes de izquierdas. No es que Camus se desligue del compromiso político de izquierdas, ni mucho menos. Simplemente asume una posición honesta de crítica y autocrítica con esta vertiente. Si el absurdo gobierna el mundo y es imposible escapar de él, la rebeldía será la punta de lanza sobre la que combatir la realidad y tratar de cambiarla. Su actitud apunta a pulir las incoherencias propias del compromiso político, siempre en defensa de la vida y la humanidad.

La rebeldía, concepto clave de esta segunda época de madurez del argelino, simboliza el afán defensor de la vida y la crítica a todo aquello que atente contra ella. No solo pone en cuestión el orden dominante del mundo, sino que también pone en tela de juicio las alternativas planteadas a este orden y los medios empleados para cambiarlo. Esta honradez de pensamiento que nosotros entendemos como una búsqueda de la coherencia dentro de un mundo que se mueve en la contradicción, será la actitud que dará valor a su filosofía y su obra, siendo, sin embargo, la génesis de sus mayores conflictos a nivel personal e intelectual.

Tras *El hombre rebelde*, muchas y muy duras fueron las críticas que nuestro autor tuvo que soportar³⁴. Muchas de ellas al parecer hicieron mella en sus últimos diez años de vida. Sin embargo,

³⁴ Quizá la que más secuela dejó, tanto en su persona como dentro del ámbito intelectual del momento, fue la recibida

el reconocimiento también se hizo latente en 1957 al recibir el prestigiado Premio Nobel de Literatura. Nosotros trataremos de reconocer la importancia y lo valeroso de su pensamiento y las consecuencias que lo trascienden a partir de las tres obras ya citadas de esta segunda época, también de distintos estilos literarios: la novela *La peste*, la obra de teatro *Los Justos* y el ensayo, de carácter más filosófico -y que podemos entender como una prolongación de su otro ensayo anterior, *El mito de Sísifo-*, *El hombre rebelde*. Será este último el que eje sobre el que ahondar en la filosofía de esta segunda época, profundizando así su máximo contenido intelectual.

2.1 - La rebelión como construcción metafísica de la esencia humana

Cada acto de rebelión es distinto. Cada uno responde a unas condiciones y una contextualización determinada, dependiendo del momento histórico, cultural, las reivindicaciones llevadas a cabo, el detonante que los inicie. Sin embargo, encontramos ciertos patrones que circundan la gran mayoría de las revueltas y rebeliones. Sobre estos patrones y mediante distintos ejemplos concretos es con los que tanto Camus, como nosotros por medio de su pensamiento, seguiremos para abarcar el trasfondo de la rebeldía misma, ya que, algo que es difícil de cuestionar, es el simbolismo y la trascendencia que estas rebeliones tienen sobre sí mismas. Un acto de rebelión pone de relieve mucho más que un mero grito de rebeldía o pataleta confrontacional.

Generalmente suele ser un hecho concreto el que detona las revueltas. Sin embargo, este detonante crece de manera expansiva y pone de relieve la injusticia de la opresión en sí, no tanto del hecho aislado, sino del espectáculo generalizado de la opresión.

Es de la repulsa ante un hecho concreto considerado como injusto, denigrante, del que se extiende una reivindicación del derecho a no ser sometido a tal humillación. Es, para Camus, el mismo hecho de rebelión el que conlleva una toma de conciencia de la injusticia y la necesidad de respuesta ante ello.

Desde el movimiento 15M hasta los disturbios parisinos y londinenses de la primera década del siglo XX, y el asesinato de Alexandros Griegoropoulos en el barrio de Exarchia, en Atenas... representan, desde su origen, un movimiento a la contra, un rechazo inicial ante una situación

en la revista *Les Temps Modernes* dirigida por su hasta entonces amigo Sartre. Ambos, Camus y el propio Sartre, se enzarzaron en un debate intelectual sobre la profundidad del contenido de *El hombre rebelde*. Sin embargo, es bastante evidente que el trasfondo de la discusión, esta discrepancia ideológica, tiene unas implicaciones muy profundas a la hora de entender el mundo y a nosotros como hombres en él, algo que para dos intelectuales y militantes férreos, no sería una cuestión baladí. Será este mismo trasfondo, el hilo conductor de nuestro trabajo para el análisis de esta segunda época.

injusta a la que se ve sometida la ciudadanía. El hecho que determina la explosión reivindicativa, aunque sin perder peso, pronto se diluye. Puede venir representado por la falta de una democracia directa y realmente representativa por parte de las instituciones, por alguna nueva reforma legislativa -interpretado desde el pueblo como un recorte de derechos-, por alguna agresión física desde las autoridades policiales, militares o jurídicas hacia la ciudadanía, por el desahucio o desalojo de un espacio en uso³⁵. Sin embargo, el propio levantamiento, sin olvidar esta reivindicación primera que inicia el levantamiento, pone en cuestión todo el orden dominante que sostiene el sistema que lo ha originado. Esta primera repulsa ante lo que es considerado un ataque represivo se vuelve un golpe reivindicativo de carácter también positivo. La repulsa al sometimiento de dicho orden pone de relieve la injusticia del mismo y la exigencia de un cambio que determine una nueva manera de estructurar la vida y el pensamiento, una manera en la que aquella injusticia que llevó al levantamiento popular ya no tenga cabida³⁶.

Este primer acto de rebelión es puramente pasional. Más que de la razón surge de la indignación ante una situación injusta, abusiva del carácter de dignidad humana. Un hecho intolerable que hace que el individuo diga “no”, se rebele ante tal situación y muestre su rechazo. Es de este rechazo de donde surge la conciencia, primero de la injusticia, pues la pone de relieve con su renuncia, e implícitamente también de su propia capacidad de rebelión. De la repulsa a ser sometido a una condición indeseable surge en el hombre un nuevo espectro en el que crearse, darse forma y valor a sí mismo. El hombre, tras la toma de conciencia de la injusticia, siente el deber de liberarse de las cadenas que le atan a ese mundo injusto. La libertad humana será la bandera que ondea frente a la injusticia generalizada del mundo y su absurdo.

Esta rebelión, capaz de otorgar un valor al hombre y a la vida en sí misma es definida por

35 Como el reciente del Banc Expopiat en el barcelonés barrio de Gracia el 23 de mayo de 2016.

36 Del “No somos mercancías en manos de políticos y banqueros”, lema con el que el colectivo *¡Democracia real YA!* firmó los carteles que movilizaron a más de 25000 personas a lo largo de todo el Estado Español el 15 de mayo de 2011 -un lema completamente basado en la renuncia y la denuncia de una injusticia social- se pasó rápidamente al grito de “¡Si se puede!”, consigna referente de todas las organizaciones y colectivos que surgieron abiertamente del movimiento 15M (desde la *PAH* hasta *Podemos*) y que pone de relieve este paso al pensamiento positivo de la rebeldía que surge de la reivindicación. La renuncia es bastante concreta. No tanto la consigna en positivo. ¿Qué es lo que se puede? ¿Derrocar el sistema? ¿Dejar de ser mercancía? ¿Conseguir una democracia real y directa? Realmente da igual. Nada de eso se ha conseguido -al menos no de manera absoluta y radical-. Lo que simboliza esta consigna es la muestra de la fuerza colectiva y con un cierto carácter metafísico creativo que surge tras la rebelión. Se puede afirmar la vida frente aquello que la anula. Podemos rebelarnos. Se puede cuestionar y poner en jaque aquello que se desprecia. No hay un fin último detrás de todo ello. Es la rebeldía misma lo que se reivindica y se hace posible con dicha reivindicación. Otro ejemplo de este paso de la renuncia al pensamiento positivo de la rebelión también lo encontramos en Chile en 1988 cuando el pueblo se armó de un “No” al referéndum planteado por el gobierno de Pinochet para alargar su permanencia en el poder por diez años más. La campaña de la oposición se basó en esta negativa de una manera alegre y positiva en la que se trató de dar luz y esperanza a una nueva forma de construir Chile, lejos de la dictadura, mediante un nuevo proceso democrático.

Camus como *rebelión metafísica*. Este acto concreto -el de la rebelión- tiene un trasfondo que va más allá de la realidad material en la que el hombre se desenvuelve. Hace que pasemos del ámbito de los hechos al del deber, y del deber al ser. De una situación injusta se extiende la necesidad de rebelión; a su vez este acto de revuelta representa una nueva manera de concebir al ser humano en su conjunto.

La *rebelión metafísica* en Camus acarrea un levantamiento del hombre contra su condición y el mundo que le rodea. Ante la incomprensión a la que se ve sometido y la frustración que ello supone, el rebelde exige el reconocimiento de sí mismo. La mera renuncia que parte de la negación desafía el orden del mundo, pero acaba llevando al hombre a aspiraciones mucho más altas. Pone de relieve su necesidad de claridad y comprensión ante un mundo que calla frente a la injusticia y el sufrimiento que conlleva la vida humana.

En busca de un orden, de una aspiración de unidad en un mundo absurdo y dominado por la contradicción, la *rebelión metafísica* supone para Camus una “reivindicación motivada de una unidad dichosa contra el sufrimiento de vivir y de morir”³⁷. Frente a lo desgarrador que implica vivir en un mundo sin respuestas, donde la injusticia y la incomprensión parecen reinar, el hombre se rebela afanado por sus ansias de claridad y unificación. Solo así podrá sonsacar una sonrisa en esta existencia, sentirse libre y apaciguado consigo mismo. Su respuesta ante el conflicto que le genera esta incapacidad será la primera piedra de una avalancha que trate de liberar la condición humana.

“Esta nostalgia de unidad, este apetito de absoluto ilustra el movimiento esencial del drama humano”³⁸

El su primera época, con *El mito de Sísifo*, Camus se centraba en comprender el absurdo y la pasión rebelde que surge en el hombre conocedor de este absurdo que se deja llevar por el fluir mundano. Su madurez intelectual, mostrada en su posterior ensayo *El hombre rebelde*, Camus da muestra cómo esa incomprensión se torna apasionada en un giro de reivindicación a la vida. El hombre absurdo se vuelve del todo un rebelde. La lejanía respecto al existencialismo de su momento se pone de relieve. Rechazando tanto abuso del absurdo, la rebeldía es ahora el foco desde el que se ilumina la vida y el pensamiento y la actitud que la defiende.

Frente al halo nihilista que le quedaba al hombre absurdo, abrumado por la incomprensión de su existencia e inundado por la angustia y el vacío de la ausencia de respuestas a sus preguntas, Camus apuesta por que este hombre absurdo se torne rebelde, que, asumiendo su condición en el

37 Camus, A.; *El hombre rebelde* en *Obras*, 3; Alianza Editorial; p. 44.

38 Camus, A.; *El mito de Sísifo* en *Obras*, 1; Alianza Editorial; p. 227.

mundo, su soledad frente al silencio del mundo que calla, encuentre en su propia capacidad creadora la emancipación y la liberación de su ser.

La honradez se encuentra como ya decíamos en la asimilación de los límites propios de los hombres, en la consciencia de que es mucho más digno encarar al absurdo que rehusar de él y la salvación. El hombre digno, dichoso, absurdo y rebelde es aquel que, sabiendo que la vida no tiene sentido, elige disfrutar de cada momento de la misma antes que frustrarse buscando uno a cualquier precio.

“La honestidad consiste en mantenerse en ese borde vertiginoso”³⁹

Si la vida merece más la pena ser vivida en ausencia de un sentido, el valor de la misma se representa en el rebelde con el acto de vivirla por sí misma, asumiendo todas las contradicciones que tratan de anularla. El hombre absurdo encuentra la rebeldía no tanto en la negación del orden -lo que representaría el choque de sus aspiraciones ilimitadas-, sino en la repulsa de la imposición de dicho orden. Asumiendo su condición, lo que parecía una condena se torna ahora en una manera de comprenderse a sí mismo, para así poder crearse. Esta libertad creadora da comienzo con el mismo acto de rebeldía.

2.1.1 - La afirmación creativa que surge de la renuncia

Resulta interesante comprender cómo las aspiraciones a esta libertad, esta nueva concepción metafísica del hombre, comienza para Camus con un “no”, con una renuncia. Este paso, esta toma de conciencia de uno mismo ante lo real será el punto de partida para retomar la vida y defender la humanidad. Sin embargo, no es un mero “no” y ya. Esta negativa conlleva intrínsecamente un arduo trasfondo. Este “no” se presenta ante el mundo no solo de manera antagónica, sino que también cobra fuerza en un aspecto positivo. Esta negación que en su origen parte de la sinrazón, del sentimiento absurdo de desesperación e indignación, saca de sí misma las razones creativas que hacen darse ese mismo valor del que parecía carecer. La rebelión de la que Camus nos habla parte de ese rechazo a ser manejado como marioneta para pasar a ser uno mismo quien tome las riendas y se dé su propio valor. Con este acto de negación se da comienzo a una actitud positiva de encauzamiento de la vida. Del “no” a la opresión se desenvuelve un “sí” a la vida, “sí” al hombre, “sí” a la humanidad.

Entiende Camus que el hombre, partiendo de esta negativa, acaba por reivindicar la libertad

39 *Ibíd.*; p. 255.

positiva que le constituye como hombre. Rechazando todo lo que le resultaba impuesto grita de manera desgarradora y pasional. Ese grito pone en duda todo lo que le rodea. Hace tambalear el imperio epistemológico de la razón. Sin embargo queda algo de lo que no puede dudar:

“Yo grito que no creo en nada y que todo es absurdo, pero no puedo dudar de mi grito y tengo que creer al menos en mi protesta”⁴⁰

2.1.2 - La rebelión como acto de solidaridad humana

El hombre en su acto de rebeldía ejercita su poder autónomo de reivindicarse a sí mismo. Pero no solo eso, sino que al mismo tiempo este mismo proceso representa, no solo al rebelde, sino a todos sus congéneres. La rebelión traspasa al individuo. Pone de relieve que existe una libertad a la que todo hombre por su mera condición puede acudir. Frente al absurdo al que estamos sometidos y ante la negativa a rechazar la vida, Camus extrae un deber reivindicativo: el de la rebelión. La rebelión pone de relieve ese valor perdido de la vida. Pero no de la vida del hombre (en singular) sino de la vida humana (en todo su conjunto). La metafísica inherente al acto de rebelión representa la puesta en común de este aspecto esencial. Reformulando el *cógito* cartesiano, Camus nos da a entender cómo la rebeldía será en su filosofía el pilar fundamental de la esencia humana en su máxima expresión.

“Yo me rebelo, luego somos”⁴¹

Esta concepción camusiana de la rebelión, pone de manifiesto la afirmación de una esencia humana, una naturaleza común compartida por todos los hombres, rebeldes o no, víctimas y verdugos. La humanidad encuentra una manera de conformarse a través de la reivindicación misma de aquellos que gritan y rechazan el orden establecido. El grito es tan potente, tiene tanto valor, que traspasa incluso a los que callan. La rebeldía afirma la vida, la vida humana en su conjunto. Luciano Espinosa entiende a la perfección y da claridad a esta idea:

“Rebelarse, en fin, es combatir la necesidad o la resignación para retomar la conciencia de que hay una “naturaleza humana” de la que surge todo valor y promover la “solidaridad que nace de las cadenas”, donde el círculo fecundo de la rebelión y complicidad fraterna vence en alguna medida al absurdo. [...] la rebelión abre un espacio intersubjetivo fundado en el mutuo reconocimiento que no se conforma con lo dado y busca emanciparse.”⁴²

Las distintas revueltas de relativa actualidad que citábamos anteriormente encuentran su

40 Camus, A.; *El hombre rebelde*, en *Obras*, 3; Alianza Editorial; p. 24.

41 *Ibíd.* p. 39.

42 Espinosa, L.; *Para ver entre las sombras: la mirada de Albert Camus* en *ISEGORÍA*, N°47, 2012; p. 641.

fuerza en las masas. Lo que es un acto de injusticia sobre el individuo se traspasa al colectivo al comprobar que esa repulsa es compartida de manera amplia. La rebelión da identidad como conjunto. Gran parte de la fuerza y el impacto que tuvo -a modo de ejemplo- el 15M fue la cantidad de gente que salió a la calle a reivindicar su malestar e indignación. Casi nadie de los que salieron ese día a gritar se imaginaba que en la plaza del Sol de Madrid se pudieran llegar a reunir a más de 20000 manifestantes y que entre todos se alcanzase la legitimidad de acampar de manera a-legal en dicha plaza durante casi dos intensos meses. Ese momento supuso un cambio en la concepción de las capacidades organizativas para muchos quienes participaron. La sensación de superar la reivindicación individual para convertirla en colectiva otorga una nueva manera de comprender la vida y aquello que conforma a los hombres en su mismo acto de rebeldía.

Desde las propias manos y la propia voz, es decir, tan solo desde uno mismo, surge la necesidad de pelear por una liberación que desencadene una nueva concepción humana -en su sentido más genérico- confrontándose ante una realidad que trata de negarnos. El acto de rebeldía se ve fecundado por esta afirmación creadora de solidaridad.

La revuelta, por lo tanto, es para Camus la naturaleza de todo el género humano. Pone de relieve esa unión de los hombres entre sí. Encontramos en la rebeldía camusiana una metafísica que afirma una esencia humana en favor de sus aspiraciones de liberación y rechazo de la opresión. Afirma que hay un espacio común para todos los hombres -opresores y oprimidos; víctimas y verdugos- que se ha perdido y nos pertenece. La rebeldía expresa, de manera tajante, este sentimiento de pertenencia. Este sentimiento puramente natural reivindica aquello que se es y que se está reprimiendo. Para Camus, los hombres buscan ser libres de manera natural. Es la libertad el único camino para encontrar esa paz interna que otorgue la tan ansiada felicidad. Es la libertad la que otorga una unidad apaciguadora a todo el género humano. Es la libertad lo más común y propio de los hombres.

2.1.3 - *La Peste* como afirmación de los valores de la solidaridad

El doctor Rieux, protagonista principal de *La Peste*, encarna a la perfección este sentimiento de solidaridad ante lo absurdo. En un contexto de sufrimiento generalizado, incontrolable e incomprensible a los ojos del hombre como es la peste en la ciudad de Orán, todos y cada uno de los habitantes se ven sometidos al aislamiento, a padecer la pobreza y el dolor tanto físico como moral que genera dicha epidemia, no solo por padecerla en carne propia, sino también en la de cualquier vecino o familiar cercano. La peste se extiende de manera masiva y no afecta tan solo a

individuos concretos, sino que su mal se generaliza a toda la comunidad. Conscientes de ello encontramos en el doctor Rieux -sobre todo en él, pero también en otros personajes de la obra como en su amigo Tarroux- una actitud grandilocuente propia del hombre absurdo: lejos de huir en busca de la tranquilidad y la felicidad personal -como es el caso del periodista R. Rambert quien constantemente busca escapar de la ciudad para librarse de la peste y encontrarse con su amada-, estos hombres absurdos deciden quedarse, encarar el sufrimiento que genera la peste y hacer de la vida humana en comunidad algo completamente digno. Asumen tanto el riesgo de ser contagiados como el dolor de ver gente morir en sus brazos. Eso es lo que hace grande a los hombres -ese punto transgresor que también tenía Mersault en *El extranjero*-, asumir el sufrimiento del mundo y hacerlo propio, pues la vida es sufrimiento, sí, pero no solo eso. La vida también tiene un gran valor y aquellos capaces de hacerse cargo de ese sufrimiento, también consiguen disfrutar de ese valor. Son estos los hombres que Camus defiende. Son estos los héroes de Camus, los amantes de la vida por sí misma.

Rieux odia el sufrimiento injustificado del mundo. Afirma:

“[...] estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados”⁴³

Los niños son la máxima expresión de la inocencia y, aun así, en la ciudad de Orán están sometidos a la muerte.

El doctor no sufre la sacudida directa de la enfermedad, pero sí sus consecuencias. Ver morir y sufrir a sus vecinos y padecer la distancia de sus seres más queridos. Sin embargo, lo valeroso de su actitud reside en defender la vida a pesar de la “condena” en esta dolorosa existencia.

Lo único que les queda a los hombres es unir sus fuerzas para resistir la arremetida de la epidemia. Rieux lucha contra la peste consciente de la inutilidad de sus esfuerzos -como el Sísifo que levanta la piedra-. El valor de su actitud no se encuentra en la maximización de los resultados, sino en la moralidad implícita en esta actitud absurda. Más que salvar la vida, el acto de rebeldía ante el sufrimiento es no resignarse y combatirlo, se consiga o no. El acto de rebeldía consiste en defender la vida. Rieux, de manera serena y natural, deja todos sus esfuerzos en ello. Huir de nada sirve, como pretende el periodista Rambert, si en la estacada queda el resto de la vida humana desolada. La defensa para Rieux no es de “su vida” sino de “la vida”.

La peste parece más fuerte, pues pocas veces se consigue salvar a alguien una vez infectado. Sin embargo, cuando la enfermedad abandona la ciudad, en medio de un desierto de cadáveres y

43 Camus, A.; *La Peste*, en *Obras*, 2; Alianza Editorial; p. 496.

lágrimas, lo único que queda digno de resaltar es la actitud valerosa de hombres como Rieux que, resistiendo o no la investida, han plagado de humanidad el dolor del mundo.

2.1.4 - La soledad de la humanidad como acto de responsabilidad

La rebelión, por tanto, es la que da valor a la vida de los hombres en medio del absurdo. Sin embargo, también pone de relieve la soledad a la que se encuentran sometidos. No hay nada a lo que aferrarse tras ese sufrimiento, nada más que los unos a los otros. El apoyo mutuo, la solidaridad entre los hombres al padecer las mismas miserias y pesares, es otra moraleja que encontramos en *La peste*. Es el sufrimiento lo que une a los hombres, lo que los hace iguales. El mundo no responde a nuestras preguntas ni satisface nuestras inquietudes existenciales. Dios no cumple su papel como creador, no es capaz de hacerse cargo de sus criaturas. Al más puro estilo del monstruo de *Frankenstein* de Mary Shelly, el hombre encuentra la afirmación de sí mismo en la misma rebelión ante la pasividad de su creador. Al principio “me rebelo luego existimos” fruto de la rebelión metafísica, Camus añade algo más de gran calado:

“Y existimos solos”⁴⁴

Pero lejos de la angustia existencial que puede generar esta soledad al verse abandonado, con esta sentencia, Camus pone de relieve la responsabilidad humana ante su situación en el mundo, ante el absurdo. El mundo calla. Dios calla. No hay nada, nada más allá que los hombres mismos. Solo quedan los hombres. No hay un sentido a la existencia. ¿Es el momento de abandonarnos ante el nihilismo más absoluto? No. Es el momento de coger las riendas de la situación, hacerse responsable del lugar que ocupamos en el mundo, de la vida, y erguirse en favor de la libertad.

“Desde el momento que el hombre no cree ya en Dios ni en la vida inmortal se hace responsable de todo lo que vive, de todo lo que, nacido del dolor, está destinado a sufrir de la vida”⁴⁵

2.2 - De la *rebelión metafísica* a la *rebelión histórica*

“La revolución no es sino una consecuencia lógica de la rebelión metafísica”⁴⁶, pues de ella se extrae la necesidad de materializar un cambio en la estructura social del mundo que ha originado dicha rebelión. Es decir, ante una injusticia el hombre se rebela. Esta rebelión pone de relieve por

44 Camus, A.; *El hombre rebelde*, en *Obras*, 3; Alianza Editorial; p. 132.

45 *Ibíd.*; p.95.

46 *Ibíd.*; p. 135.

un lado el aspecto negativo de esa injusticia y su rechazo, pero también el aspecto positivo de la necesidad de creación de una alternativa. La materialización de esta alternativa a lo largo de la historia se presenta mediante un proceso de cambio radical: una revolución.

Sin embargo, Camus encuentra una diferencia contundente entre la rebelión y la revolución: mientras la rebelión se plantea como un “movimiento que lleva de la experiencia individual a la idea”⁴⁷, la revolución se da como “la inserción de esta idea en la experiencia histórica”⁴⁸. Es decir, mientras la rebelión surge de un acto que da forma a una idea, la revolución se sostiene desde la toma de conciencia de esa idea a la transformación del mundo material mediante el acto.

La historia de la humanidad se resume, por lo tanto, en la historia de sus rebeliones. Desde la *rebelión metafísica* que daba contenido a la vida humana, será la *rebelión histórica* la que da por lo tanto contenido al sentido de humanidad en su extensión temporal.

2.2.1 - *Los Justos*, las contradicciones del rebelde

Con *Los Justos*, Camus inicia una nueva trama en la que este choque entre libertad y justicia pone de manifiesto el absurdo y la incongruencia de la actividad humana en sus aspiraciones de rebeldía. En ella nos encontramos un grupo militantes de izquierdas convencidos con la causa política de la liberación del pueblo oprimido. Conscientes de la injusticia social propia de su contexto -la Rusia de principios de siglo XX- deciden armarse y tomar partido de manera directa en el ámbito más puramente político. El grupo prepara un atentado contra el archiduque. La cohesión interna es fundamental a la hora de que todo salga de la manera más oportuna, sin fallos, y que la seguridad del grupo se mantenga. Sin embargo, a pesar de la afinidad ideológica que mantienen todos los integrantes del grupo, encuentran diferencias con las implicaciones del crimen que van a perpetrar y la manera de entenderse a sí mismos como hombres a ese respecto. Se podrán sentir ideológicamente afines, sí, pero parece que no tanto humanamente afines.

Kaliyev, apodado el poeta -algo tampoco nada casual-, y encargado de lanzar la bomba que atente contra el archiduque, se enfrenta a su compañero de militancia Stepan. Mientras Kaliyev, muestra esta incongruencia, apasionado por la tensión interna que supone la contradicción de tener que asesinar para defender la vida, Stepan representa la frialdad de la racionalidad absoluta propia del férreo convencimiento ideológico.

47 *Ibíd.*; p. 136.

48 *Ibíd.*

Stepan quiere la revolución a toda costa. La rebeldía para él es un medio para alcanzar el fin último, la liberación absoluta de la clase proletaria, la justicia social. Kaliayev, por su parte, entiende esta justicia simplemente como una manera de poner en equilibrio la balanza, asumiendo que ese ideal definitivo y absoluto de liberación no es completamente encarnable y puro. Kaliayev sabe que con las manos manchadas de sangre no podrá sentirse del todo libre. Ambos saben que el crimen los aleja de su condición humana. Sin embargo, Kaliayev, tras el asesinato, asume su muerte con dignidad. Solo cuando es él mismo “ajusticiado” por las autoridades públicas encuentra su propia calma. Solo en ese momento entiende, tanto él como su compañera Dora, que la justicia se hace latente. El crimen se paga con el crimen, la muerte con la muerte y la deshumanización con más deshumanización. Todo queda justificado. El bucle puede llegar a ser infinito.

La cuestión más puramente política es abarcada, en esta obra, de manera magistral por Camus. En la trama, pone de relieve las contradicciones del pensamiento ideológico a la hora de mantener sus ideas, de asentarlas casi como dogma. Plantear unos fines que se coloquen por encima de la vida humana hace que los medios pierdan valor. Stepan asume cualquier cosa, incluso el asesinato y la violencia, con tal de ser fiel a la pureza de sus ideas. Kaliayev, por su parte, se gana la simpatía del autor al tratar de unificar la racionalidad de sus ideas con la pasión y la humanidad que se desprende de su defensa a la vida. Aunque asuma el crimen, lo hace como defensa a la vida. Obviamente no consigue escapar del absurdo, de la distancia entre sus aspiraciones de claridad que representa su pensamiento ideológico y el choque con la realidad misma, la incongruencia y la contradicción que le llevan a asumir el crimen como opción política legítima.

Esta obra, *Los Justos*, junto con *El hombre rebelde*, conforman, no solo una crítica moral a la violencia, sino también a la violencia revolucionaria pretendidamente justificada por la rebelión. Conor C. O'Brian en su transgresora obra titulada *Camus*, afirma:

“Moralmente, *El hombre rebelde* y *Los Justos* son una crítica de la violencia. [...] Políticamente son una crítica de la violencia *revolucionaria* y, muy especialmente de la violencia legitimada por la pasada revolución. Lo que resulta más criticado es la violencia que sirve para provocar un cambio social o político.”⁴⁹

“La revolución es una consecuencia lógica de la rebelión”⁵⁰ decíamos anteriormente. Entonces, ¿cómo es posible que esta rebelión en defensa de la vida y su liberación, acabe por volverse criminal y asesina? ¿Qué justificación se encuentra en ello? Parece que esta libertad tampoco resulta justa; que esta forma de hacer justicia tampoco resulta liberadora.

49 O'Brian, C. C.; *Camus*; Ediciones Grijalbo; p. 83.

50 Ver nota 46.

La moral puesta entre las cuerdas, u olvidada, según se mire. El discurso racional que surge tras la toma de conciencia que se da con la rebelión acaba por organizarse, y esta organización, en su mayoría, se presenta como aspiración de nuevo por lo ilimitado, volviéndose criminal. Desde la *rebelión metafísica*, desde ese primer grito que constituye una nueva manera de entenderse como hombres, surgen unas aspiraciones a asentar esta nueva condición rebelde. La *rebelión histórica* se plantea para Camus como una manera de insertar las distintas rebeliones a lo largo de la historia, de proyectarlas en el transcurso del tiempo. El hombre rebelde se vuelve revolucionario en su afán por abarcar la totalidad, haciendo de su rebeldía el nuevo motor que lo guíe hacia lo ilimitado. Trata de derribar *los muros absurdos* del mundo que perpetúa un orden político al que enfrentarse a favor de una liberación absoluta. La revolución, es decir, la rebelión entendida de manera conceptualizada y proyectada temporalmente, se plantea ahora como un fin. Se abre de esta manera un nuevo campo sobre el que entender y plantear la lucha.

A Kaliayev, entendiéndolo como revolucionario, aun le movía su pasión rebelde. Era su amor por la vida y la belleza de la misma lo que le hacía organizarse y plantear una lucha y una estrategia política racional. Era su impulso emocional de libertad y rechazo de la injusticia lo que le permitía asumir el crimen.

“Amo la vida. [...] Entré en la revolución porque amo la vida.”⁵¹

“Amo la belleza, la felicidad! Por eso es por lo que odio el despotismo, ¿Cómo explicarles eso? ¡La revolución, claro! Pero revolución para la vida, para dar una posibilidad a la vida.”⁵²

Su compañera Dora le ayuda a Kaliayev -y también a nosotros- a comprender el absurdo y las contradicciones a las que nos somete nuestra existencia:

“Si... [...] Y, sin embargo, Vamos a matar.”⁵³

Dora muestra de nuevo con inteligencia las contradicciones de la lógica. El rechazo al crimen que justifica el crimen. El sufrimiento instaurado en el mundo y del que la razón no puede escapar.

Stepan, por su parte, se mueve únicamente por los valores absolutos de su racionalidad, asumiendo, sin miramientos, el asesinato y el crimen. Él está por encima de la vida, ha superado sus propios límites como hombre en favor de los absolutos que lo constituyen: la libertad y la justicia.

“Yo no amo la vida, sino la justicia, que está por encima de la vida”⁵⁴

51 Camus, A; *Los Justos*, en *Obras*, 2; Alianza Editorial; p. 99.

52 *Ibíd.*; p. 101.

53 *Ibíd.*

54 *Ibíd.*; p. 99.

La revolución es el fin último, la única manera de conseguir la libertad. Este fin, colocado ahora en la cúspide del pensamiento, la aspiración humana máxima, hace legítimo cualquier medio. Se ve legitimada la imposición de lo justo, lo cual se plantea ahora en términos absolutos: lo que defienden los revolucionarios amparados por la razón ya no es “su” justicia, sino “la” justicia. Para Camus, ellos son “Los Justos” -con mayúsculas-.

La crítica a la autoridad y el despotismo que rechaza la rebeldía con su primer grito de indignación acaba asentando unas bases en las que pelear por una nueva realidad. En contra de esta opresión, legitima el uso de herramientas que superan los límites morales de dicha rebelión. ¿Quién gritará ahora en contra de este nuevo despotismo revolucionario?

Camus cree que es necesario que siempre haya rebeldes que cuestionen incluso las revoluciones fruto de esa rebeldía. Su posicionamiento no es tanto con los idealistas puros guiados por su afán totalitario y su racionalidad extrema como Stepan, sino con “los terroristas social-revolucionarios desesperadamente románticos”⁵⁵ y apasionados de la mano de Kaliayev que, en su defensa de la vida, ponen en cuestión los medios que legitima la ideología -y con ello la ideología misma-.

2.3 - Rebelión frente a revolución

La rebelión que Camus defiende se reinventa constantemente. La revolución que él cuestiona trata de asentar un formato unidireccional de la misma. El rebelde encara en cada acto el absurdo del mundo, conoce la tensión que lo unifica y encuentra su armonía en medio de ese conflicto. El revolucionario, por su parte, trata de solventar esa tensión, de superarla, de eludirla y con ello de evadirse. Se coloca por encima de ella. La actitud del rebelde representa, para Camus, la *moral de la cantidad* en busca del mayor número de momentos, confrontando el absurdo del mundo, explotando las distintas formas de oponerse constantemente a la injusticia. La actitud del revolucionario representa, por su parte, la *moral de la calidad* en busca del camino último, único y puro que libere a la humanidad de manera absoluta y definitiva. El rebelde encuentra la libertad en cada acto de rebeldía, en el disfrute de la vida misma, no en la meta. La rebeldía se presenta para Camus, en última instancia, como una prolongación infinita de sí misma. Sin un fin, se recrea constantemente por su propio afán metafísico.

De manera indirecta Camus recoge la idea del *eterno retorno de lo mismo* de Nietzsche. Para

55 Aronson, R; Camus y Sartre; PUV Universitat de València; p.178.

Nietzsche, el carácter del mundo es caótico, también carece de toda racionalidad y sentido. En palabras de Germán Cano, representa “una nueva concepción temporal aferrada a la inmanencia y no apoyada en ningún horizonte o meta ideal”⁵⁶. Para él “nunca ha existido una primera vez (un origen) y nunca habrá una última vez (fin de la historia)”⁵⁷.

“¿Qué pasaría si un día o una noche se introdujera a hurtadillas un demonio en tu más solitaria soledad para decirte: "Esta vida, tal como la vives ahora y la has vivido, tendrás que vivirla no solo una, sino innumerables veces más; y sin nada nuevo que acontezca, una vida en la que cada dolor y cada placer, cada pensamiento, cada suspiro, todo lo indeciblemente pequeño y de grande de tu vida habrá de volver a ti, y todo en el mismo orden y la misma sucesión [...]. Al eterno reloj de arena de la existencia se le dará la vuelta una y otra vez ¡y tú con él, minúsculo polvo en el polvo!" [...] ¡qué feliz tendrías que ser contigo mismo y con la vida, para no desear nada más que esta última y eterna confirmación y sanación!”⁵⁸

Camus, al igual que Nietzsche -del cual afirmó que es “la conciencia más aguda del nihilismo”⁵⁹- rechaza la comprensión de lo real de forma lineal y unidireccional. Para él, la vida es un cúmulo de experiencias que el hombre realmente dichoso, el hombre absurdo, el rebelde, el creador, ha de potenciar e intensificar. Camus defiende una vida del presente. Es necesario potenciar cada instante actual para así maximizar la experiencia creadora. Rechaza tanto la proyección futura como el anclaje al pasado. Esto no implica, ni la irresponsabilidad con las consecuencias de nuestros actos ni la pérdida de la memoria, sino vivir en la tensión del antes y el después, en la fugacidad y el devenir del momento actual.

De esta manera, los valores que mueven la actitud más digna del hombre en rebeldía se plantean en todo momento como defensores de la vida en presente. La defensa de esa vida actual se hace latente. La violencia, como atentado contra la vida, nunca será defendida por Camus, pues su legitimidad a nivel político se plantea en términos de necesidad para una proyectualidad futura (como medio para la consecución de fines) o como venganza respecto al pasado. La crítica que hace a las ideologías -sobre todo al comunismo- se plantea en estos términos. Nada puede sobreponerse, ni a la vida humana, ni al papel del hombre en la tierra. Nada.

2.3.1 – La rebelión frente a la ideología

“Ni esperanza en el paraíso socialista, ni resignación ante la explotación capitalista: Camus vivía su rebelión en el presente.”⁶⁰

56 Cano, G.; *Estudio introductorio*, en Nietzsche. Tomo I: *El nacimiento de la tragedia; El caminante y su sombra; y la ciencia jovial*; Gredos; p. LXI.

57 *Ibíd.*;

58 Nietzsche, F.; *La ciencia jovial, aforismo 341*, en Nietzsche. Tomo I: *El nacimiento de la tragedia; El caminante y su sombra; y la ciencia jovial*; Gredos; p. 531-532.

59 Camus, A.; *El hombre rebelde* en *Obras*, 3; Alianza Editorial; p. 103.

60 Daniel, J.; *Camus a contracorriente*; Galaxia Gutenberg; p. 102.

El rechazo a las ideologías viene de la mano de esta idea. Amor y pasión por la vida hace que la única defensa que quede de ella venga de la mano de su disfrute en el presente, en el momento actual. Entiende que las ideologías políticas encuentran su fuerza en la idealización de unas máximas a obtener, por medio de sus distintas perspectivas filosóficas, organizativas, estructurales; la vida misma de los hombres pierde valor en contraposición con las mismas. La asunción de fines relega a un segundo plano la vida actual de los hombres. No solo juzga la veracidad o falsedad de los principios que las mueven, sino que implícitamente estos principios superan la vida misma, algo injustificable para nuestro autor.

Los fascismos, por su parte, entiende Camus que justifican el crimen por unas aspiraciones a lo absoluto completamente irracionales, basadas en la acción por la acción totalmente carente de dirección; en una pasión desesperada por la nada. Solo mediante una aspiración totalitaria de libertad capaz de arrasar con todo, como ya decimos, de manera irracional -más de 15 millones de vidas arrebatadas en su nombre tras el holocausto nazi dan muestra de ello- queda legitimado un sistema de terror en el que el éxito por el éxito representa su único valor. La negación no se vuelve creadora, no lleva a ningún lado, no tiene porvenir.

Sin embargo, militante de la Resistencia, su crítica a la violencia va mucho más allá que la que ejerce los estados fascistas de este carácter que él califica como irracional. Si algo hace de Camus un pensador y activista transgresor es esa capacidad de autocrítica de aquellos que, en teoría, combaten en el mismo lado de la barricada.

El comunismo representa para Camus la racionalización del crimen. Con aspiraciones claras desde sus pilares, la liberación del proletariado como clase que afirma la mayor expresión de la humanidad perdida (debido a su explotación), se lleva a cabo una predicción del curso de la humanidad, en la que el papel del hombre culmina con la liberación total de las masas. Esto supondría, en términos marxistas, el fin de la historia. Si la historia, como ya afirmábamos también anteriormente, se representa por el transcurso temporal de las distintas rebeliones, la definitiva, la que alcance la liberación última supondrá su fin. Sin embargo, Camus pone en cuestión también esta idea: ¿es realmente posible alcanzar una auténtica liberación última y definitiva?

Parece que esta concepción marxista del fin de la historia se asemeja a la aspiración por la luna de Calígula o al mesianismo propio de las religiones occidentales (sobre todo del cristianismo). Esta idea de una rebelión última y definitiva entra en conflicto con la concepción misma de rebelión. De nuevo estas aspiraciones por el absoluto se muestran en el espectro de lo real, materializado en el ámbito de la política con la justificación de sistemas totalitarios. La revolución

representa, en palabras de Ronald Aronson, “el vano intento del rebelde de ordenar un mundo absurdo”⁶¹. Si el comunismo, a diferencia del fascismo, acierta en no distanciar sus pies, sus expectativas y su concepción humana del suelo real en que viven, fallan en construir desde ese suelo una nueva manera de querer atrapar lo ilimitado, de querer alcanzar la luna desde la tierra.

El comunismo, relega los medios a un papel secundario respecto a los fines. La moralidad de dicha ideología queda relegada y justificada por el fin último, el fin de la historia. Por legítimo que fuera éste (Camus no duda de la honradez de los principios del comunismo, sino de las consecuencias de su programa político y los pilares que guían su pretendida materialización), no se puede olvidar la tensión que todo medio tiene con su propio fin y la cuestión moral que en ello subyace. Es en esta tensión donde Camus encuentra su defendida rebeldía, no en la resolución de estos términos.

Mientras el comunismo comprende la historia mirando siempre hacia adelante, hacia el porvenir del futuro, con la aspiración a la consecución del fin último y la liberación absoluta, Camus, por su parte, entiende la historia mirando hacia atrás. Comprende que ésta la sostienen las continuas rebeliones humanas alzadas contra toda opresión y en pro de un grito, tanto de negación de la misma, como de afirmación de libertad. Su rebeldía se presenta como una lucha por el presente, no tanto por las aspiraciones futuras. De esta manera, entiende que siempre habrá rebelión mientras haya sufrimiento, dolor y todo tipo de causa que enturbie la vida humana y su existencia en la Tierra. Esto resulta infranqueable aun interponiendo cualquier fin de por medio. Siempre existirán rebeldes que pongan en cuestión a todo aquel que incluya cualquier valor sobre la vida humana, por muy fundamentado en ella que resulte este valor.

Camus defiende al rebelde incluso que se subleva contra la revolución organizada, de manera racional e irracional, mientras esta anule algún factor de la vida, mientras sobreponga cualquier valor sobre la misma, aunque sea la propia rebeldía. Es la paradoja absurda sobre la que el rebelde ha de moverse, y no pretender superar. Es ahí donde el rebelde encuentra sus muros absurdos y su campo de recreo del que hablábamos anteriormente.

La tensión entre libertad y justicia se mantendrá latente mientras haya un conflicto entre individuos, clases sociales, estados o ideologías que muevan a estos. Es esta tensión la que se coloca por encima de toda las anteriores, la tensión que genera una pasión activa sobre la vida misma. La tensión que pone en boca el grito del rebelde, ese grito que lo hace digno y que reivindica la unidad entre justicia y libertad en su conflicto, lejos de cualquier aspiración absoluta por ambas.

61 Aronson, R; *Camus y Sartre*; PUV; p. 170.

CONCLUSIÓN: Repensar la vida, de manera positiva, en medio del conflicto constante

Como ya proponíamos en la introducción, y hemos ido desarrollando a lo largo de todo el trabajo, Camus nos ofrece un método, unas herramientas con las que leer la realidad a la que estamos sometidos, una forma de encarar el mundo y así poder afrontar la vida con una actitud digna y dichosa. La honestidad de su pensamiento nos obliga a poner en cuestión los pilares sobre los que se asientan las distintas formas de pensamiento contrario a todo orden epistémico establecido.

En una época de derrumbe de los fundamentalismos resulta meritoria la respuesta camusiana al tratar de potenciar de nuevo la coherencia y la fidelidad a los valores propios de los hombres desde una relectura desde nosotros mismos. La defensa de la humanidad y el valor de la vida, son, por lo tanto, los pilares sobre los que asentar un pensamiento que no busque tanto la resolución de la tensión y las incongruencias del mundo -es decir, el absurdo- como una manera complaciente de encontrarse feliz ante la propia existencia. Recuperar nuestro papel en la tierra, nuestro ser metafísico, es el primer vaso que hay que colmar al respecto, y la última gota, como no, viene para Camus de la mano de la rebeldía.

El rebelde camusiano es aquel que recupera su sensibilidad ante la vida, aquel que niega todo orden que anule su existencia. Sin embargo, esta pasión emancipadora ha de conocer sus límites. La medida, es para Camus, la clave del rebelde. Ni el “si nada vale, entonces todo está permitido”⁶² propio del nihilismo, ni el mesianismo profético de las revoluciones. Al rebelde de Camus lo colocamos en un punto completamente marginado respecto a estas posiciones, el rebelde está en conflicto constante con ambas, y también consigo mismo. La verdad, la libertad, la justicia, y la vida que defiende esos valores vale, y vale mucho. Nada puede pasar por encima de ella.

Ante el abismo y la náusea existencialista que generan estas formas de nihilismo, es imprescindible hacer una revisión de lo que somos, constituirnos nuevamente reivindicando aquello que nos hace ser y aquello que es en nosotros. Sin embargo, esta reivindicación ha de estar en constante reformulación, cuestionando la proyección que surgen de los absolutismos y de los dogmatismos que de ellos se generan. La rebeldía se encuentra en este conflicto y desdoblamiento constante, entre la reivindicación y el cuestionamiento. Para Camus su apuesta es clara: ni la nada, ni el todo; solo la medida. Ni el vacío existencial, ni el absolutismo totalitario; en su lugar, la rebelión perpetua.

Como vemos, Camus no nos ofrece una solución concreta, un programa que seguir para

62 Camus, A.; *El hombre rebelde*, en *Obras*, 3, citando a Dostoievsky; Alianza Editorial; p. 81.

alcanzar la liberación. Pero tampoco nos deja en la desolación y la soledad de la existencia. Camus sabe que hay algo más, algo que no se puede negar y mucho menos rechazar. Lo que él nos ofrece es un método, unas herramientas que permitan una nueva manera de entender el comportamiento humano para volverse creador, artista. Solo de esta manera se podrán satisfacer las ansias humanas de claridad y unificación.

La tradición revolucionaria más potente de la izquierda del momento apostaba por el partido, una organización estructural fuerte capaz de presentar una fuerza que maximizase las capacidades de los hombres y se presentase como un enemigo vigoroso ante el estado fascista, capitalista o, en definitiva, opresor. Sin embargo, perpetuando estas mismas dinámicas estatales, la opresión parece que siempre se perpetúa. La apuesta camusiana en la práctica, fue dirigida hacia el sindicalismo libertario, una manera de entender la organización que encontrase su base en la solidaridad y el apoyo mutuo entre oprimidos, capaz de otorgar herramientas de liberación. La clave de su pensamiento reside en el trato directo entre los hombres por sí mismos, sin representantes y sin estructuras, siglas, dogmas, principios absolutos, leyes, etc. que se colocasen por encima de ellos. Aquello que lejos de idealizar a los hombres mismos, o a sus ideas, los coloque en una posición horizontal en la que ellos deben entenderse desde posiciones semejantes como seres que pisan el mismo suelo, padecen las mismas miserias y gozan de la misma luz.

“Estamos hechos para entendernos. Tan estúpidos y brutos como nosotros, pero la misma sangre de hombres”⁶³

De este modo, el rechazo a la violencia y la repulsa a cualquier forma de ataque que atente contra la vida se convierte en necesaria e imprescindible. El valor de la vida misma y la asunción de las incongruencias del mundo al que estamos sometidos serán, de este modo, capaz de acabar con toda forma de jerarquía. La libertad y la justicia se vivirán, de esta manera, en cada momento actual mientras se mantenga, de forma honesta, la defensa de la vida, y los hombres reivindiquen constantemente su valor, sus intereses, su igualdad... en definitiva, aquellos que se vuelvan rebeldes.

Aquí se encuentra la fuerza política del pensamiento de Camus. Su filosofía no otorga una retórica para leer los conflictos, tanto los de su tiempo como los del nuestro. Si el patrón común que encontramos en cada conato de revuelta son unas nuevas aspiraciones de libertad ante un sistema injusto y opresor, también hay que tener en cuenta cómo esta pasión rebelde acaba por legitimar la violencia y el ataque hacia la misma vida humana. Perdidos en la tensión del conflicto, la guerra ensucia y arrasa con todo a su paso, y el panorama resulta instantáneamente aterrador. Camus trata de ofrecer una perspectiva del conflicto en que la creatividad suplante a la destrucción, en la que la

63 Camus, A.; *El primer hombre en Obras*, 5; Alianza Editorial; p. 575.

pasión artística, ese poder emancipador del rebelde de crearse y recrearse constantemente desde sí mismo, haga de la tensión algo bello. Solo así la rebeldía será disfrutada, en medio del conflicto constante, recreativo e irresoluble. Su filosofía se torna puramente positiva. La fuerza de la acción reside en el momento y en la capacidad actual del rebelde, no tanto así en su perspectiva futura. No es el ideal, ni el fin del camino, ni la meta lo que ha de motivar al rebelde, sino el camino mismo. El peso de su actitud se presenta en el presente, en cada paso.

La actualidad de su pensamiento se hace, de esta manera, latente. De acuerdo a esta noción de absurdidad mundana y rebeldía, encontramos gran incidencia en su filosofía a la hora de encarar la conflictividad social y política también de nuestros tiempos. Algo que parece mantenerse a lo largo de la historia, y que él mismo supo ver, otorgando cierta claridad al respecto, es la violencia que emana de todo conflicto serio, tanto de aquellos de carácter más nihilista, que en su rechazo de la totalidad arrasan con todo lo construido sin ningún tipo de discriminación, como de cada brote revolucionario con aspiraciones totalitarias y una pretendida proyección futura.

El valor de cada revuelta reside en la metafísica que se desarrolla al plantear una nueva constitución del hombre en favor de su liberación ante una injusticia que nos niega como género. Sin embargo, este acto de rebeldía ha de encontrar en la mesura y en la tensión del conflicto su forma de perpetuarse, y no tanto en la resolución de estos términos. Ningún ideal ha de ser colocado encima del hombre. Es él mismo el que ha de estar en la cima de sus expectativas, soportando el peso y la responsabilidad de su acción y sus limitaciones.

No fue el movimiento 15M lo que tuvo fuerza, sino los miles de movimientos que se pusieron en marcha aquel 15 de mayo. No se basa en abarcar y dar peso a la estructuración de dicho movimiento⁶⁴, sino en sacar y explotar cada paso y cada acción del mismo en cada momento. La lectura camusiana de esta revuelta colocaría el foco tan solo en la proyección de defensa de la vida y rechazo a la injusticia, aquellos valores que dieron el primer paso hacia el cuestionamiento del orden político y abrieron ciertas esperanzas de emancipación. Que la esperanza se concrete en el momento presente y no como un programa o unas aspiraciones partidistas que entren en el mismo juego del poder. Es en la disputa ante todo poder -y contrapoder también- capaz de violentar la vida humana, por sincero que éste pueda parecer, donde encontramos, a través de Camus, la forma de entender la rebeldía.

La pasión que genera este sentimiento, el empoderamiento que otorga el avistar la liberación y encontrar en la misma acción cierta claridad y unión respecto a la esencia del género humano, ha

64 Usamos este ejemplo por ser quizás el más directo y cercano, pero podríamos aplicarlo a cualquier otro.

de ser tanto la fuerza que lleve a la constante búsqueda de la emancipación, como la consciencia de los propios límites respecto a la misma. El pensamiento se vuelve completamente positivo en nuestro autor, pues la apuesta se vuelve a favor de la vida, ya no pesada y aburrida, sino tenaz y valerosa. El eje de su visión no reside en el coste de elevar la pesada piedra de nuestras contradicciones a lo largo de la colina, sino en saber disfrutar de las vistas desde lo alto. Solo de esta manera podremos imaginarnos dichosos como Sísifo.

En definitiva, la idea que resaltamos de Camus es que la rebeldía ha de retomar y reivindicar ese valor oculto que la vida tiene por sí misma pero que, sin embargo, en medio de la batalla, el horizonte de defensa de la vida ha de ser inviolable. Es ese honesto, a la par que grandilocuente camino, el que encumbra la vida humana dentro de su propia humildad. Camus sonsaca un pensamiento positivo en aquella afirmación que encuentra la esperanza de poder disfrutar del camino en medio de la desesperanza que sabe que dicho camino no lleva a ningún lado.

“[...] hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio”⁶⁵

Por ello no hay que eludir el conflicto, porque al fin y al cabo, nuestra vida se desenvuelve en él y merece la pena disfrutar de ella. Ni en la resolución de las contradicciones, ni en el abandono de las mismas, la vida encuentra en la rebeldía las pinceladas que den color a la tensión entre la búsqueda de la libertad y su limitación con la justicia, entre el rechazo a la injusticia y su horizonte de liberación. Ese es el marco que delimita al rebelde como artista. Es ahí, desde este pensamiento puramente humanista, donde nos puede acompañar la filosofía de Albert Camus.

65 Camus, A.; *La peste en Obras*, 2; Alianza Editorial; p. 578.

BIBLIOGRAFÍA:

Libros:

- Aronson, R.; *Camus y Sartre*; Publicacions de la Universitat de València; 2013.
- Camus, A.; *Obras, 1*; Alianza Editorial, Madrid, 2013.
- Camus, A.; *Obras, 2*; Alianza Editorial, Madrid, 2013.
- Camus, A.; *Obras, 3*; Alianza Editorial, Madrid, 2013.
- Camus, A.; *Obras, 4*; Alianza Editorial, Madrid, 2013.
- Camus, A.; *Obras, 5*; Alianza Editorial, Madrid, 2013.
- Camus, A.; *Escritos libertarios*; Edición de Lou Marin; TusQuets Editores; 2014.
- Daniel, J.; *Camus a contracorriente*; Galaxia Gutenberg, 2008.
- Lottman, H. R.; *Albert Camus*; Taurus; Madrid; 2006.
- Moeller, Ch.; *Literatura del siglo XX y cristianismo, Vol. I, El silencio de Dios*; Editorial Gredos; Madrid, 1970.
- Nietzsche, F. (estudio introductorio Cano, G.); *Nietzsche. Tomo I: El nacimiento de la tragedia; El caminante y su sombra; El nacimiento de la tragedia*; Editorial Gredos; Madrid; 2009.
- O'Brian, C. C.; *Camus*; Ediciones Grijalbo; Barcelona-México DF; 1973.
- Tood, O.; *Albert Camus. Una vida*; TusQuets Editores; 2000.
- Zárate, M.; *Camus*; Ediciones del Orto; Madrid, 1995.
- Zaretsky, R.; *Albert Camus: elementos de una vida*; Biblioteca Buridán, 2012.

Artículos:

- Espinosa, L.; *Para ver entre las sombras: la mirada de Albert Camus*, en revista *ISEGORÍA*, N°47; Madrid, 2012.
- Longás, F.; *El imperativo de la rebeldía (un modesto tributo a Albert Camus)*, en revista *Mundo Nuevo*, N°14; Caracas; 2014.

-Vázquez, J. A.; *La muerte en Albert Camus. Sobre El extranjero, La peste, El mito de Sísifo, La muerte feliz y La caída*, en revista *Bajo Palabra*, N°2; Madrid; 2007.

-Soberanis, H.; *La filosofía del absurdo en Albert Camus en A Parte Rei. Revista de Filosofía*, N°68; Madrid; 2010.

Multimedia:

-Breña, R. [El colegio de México A.C.]; *Albert Camus (1913-1960)* [<https://www.youtube.com/playlist?list=PLhIF5xewDHRyMHoclgcRWTVvqfNiaSsme>]; (última visita: junio, 2016).

-Breña, R. [El colegio de México A.C.]; “*Sobre el centenario de Albert Camus*” por Roberto Breña; [<https://www.youtube.com/watch?v=uFLEFYnOywQ>]; (última visita: junio, 2016).

-Calmetes, J. y Daniel J.; *Albert Camus, una tragedia de la felicidad*; Francia; 1999.

-Oelhoffen, D; *Lejos de los hombres*; One World Films y Perceval Pictures; Francia; 2014.